

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

SEDE ECUADOR

PROGRAMA DE ESTUDIOS POLÍTICOS

CONVOCATORIA 2010-2012

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
POLÍTICAS**

**HACIA LA RECLUSIÓN DE UN ESPACIO SOCIAL CRÍTICO:
LA ACCIÓN DEL PCMLE EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL
ECUADOR.**

SOFÍA ZAPATA MUÑOZ

JUNIO 2013.

FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

SEDE ECUADOR

PROGRAMA DE ESTUDIOS POLÍTICOS

CONVOCATORIA 2010-2012

**TESIS PARA OBTENER EL TÍTULO DE MAESTRÍA EN CIENCIAS
POLÍTICAS**

**HACIA LA RECLUSIÓN DE UN ESPACIO SOCIAL CRÍTICO:
LA ACCIÓN DEL PCMLE EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL
ECUADOR.**

SOFÍA ZAPATA MUÑOZ

ASESOR DE TESIS: HERNÁN IBARRA.

LECTORES: FELIPE BURBANO DE LARA

PATRICIO MONCAYO

QUITO, JUNIO 2013.

DEDICATORIA

A Fatus por su paciencia y apoyo incondicional.

AGRADECIMIENTOS

A todos los militantes y ex-militantes que depusieron su marcada resistencia a una entrevista para confiarme sus pensamientos. A la paciencia e interés demostrada por nuestros tutores y asesores de tesis y a su predisposición por guiarnos por sendas teóricas claves cuando perdíamos la orientación. A todos los compañeros y compañeras del taller de tesis y a sus importantes observaciones a este trabajo.

ÍNDICE

| Contenido | Páginas |
|--|----------------|
| RESUMEN..... | 7 |
| CAPÍTULO I..... | 8 |
| MARCO TEÓRICO: ESTRUCTURA ORGANIZATIVA, IDEOLOGÍA E INCENTIVOS EN LOS PARTIDOS POLÍTICOS..... | 8 |
| Tipología de los partidos políticos..... | 9 |
| Estructura organizativa e ideología..... | 13 |
| El partido como fin..... | 19 |
| CAPÍTULO 2..... | 27 |
| LA ESCISIÓN DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL Y SUS IMPLICACIONES PARA LA CONFORMACIÓN DEL PCMLE..... | 27 |
| El conflicto chino-soviético..... | 28 |
| Resonancias del maoísmo en América Latina..... | 34 |
| Principales fracciones de izquierda marxista en Ecuador y el surgimiento del PCMLE..... | 39 |
| CAPÍTULO 3..... | 49 |
| ESTUDIANTES, UNIVERSIDAD Y ESTADO..... | 49 |
| CAPÍTULO 4..... | 64 |
| LA UNIVERSIDAD PÚBLICA COMO ESPACIO DE CONSOLIDACIÓN POLÍTICA..... | 64 |
| CONCLUSIÓN..... | 77 |
| BIBLIOGRAFÍA..... | 81 |

RESUMEN

El propósito de este trabajo es dilucidar los mecanismos que determinaron la primacía del PCMLE como fuerza política por sobre otras fuerzas políticas de izquierda presentes en la Universidad Central del Ecuador.

El período de estudio se enmarca entre 1964 a 1978, es decir, desde la conformación del PCMLE hasta la creación de su brazo político MPD, momento que marca un giro en su concepción ideológica y política, pues se produce el tránsito de un partido comunista clandestino a un partido con inscripción legal, que se abre a generar alianzas con otros sectores y participar abiertamente en la arena política electoral eminentemente “burguesa”.

Mi hipótesis es que además del componente ideológico, la hegemonía del PCMLE se dio precisamente por una estructura organizativa centralista-democrática que generaba una fuerte disciplina y convicción interna sustentada en la ideología marxista leninista. Para apoyar esta hipótesis me sustenté en el marco teórico correspondiente a la teoría clásica de la organización partidista según la cual, el aspecto organizativo que adopta un partido político constituye uno de los principales factores que determinarán su anclaje exitoso en el medio social.

CAPÍTULO 1.

MARCO TEÓRICO: ESTRUCTURA ORGANIZATIVA, IDEOLOGÍA E INCENTIVOS EN LOS PARTIDOS POLÍTICOS.

Para lograr un acercamiento a las dinámicas que hicieron posible el despliegue y fortalecimiento del poder político del PCMLE dentro de la Universidad Central del Ecuador entre 1965 y 1978, poder que, por una parte desarrolló un proceso de neutralización de las fuerzas políticas universitarias adversas a las orientaciones ideológicas e intereses del partido en cuestión, y por otra, consolidaron una dinámica de reclutamiento de bases estudiantiles para el fortalecimiento de su poder, consideramos necesario remitirnos a las teorías clásicas de la organización y dentro de ellas la perspectiva del modelo racional trabajada por Maurice Duverger (1957) y Robert Michels (1907), según la cual, el aspecto organizativo que adopta un partido político constituye uno de los principales factores que determinarían el éxito en su anclaje en el medio social. A esta perspectiva, sumaremos la de Angelo Panebianco (1982) para quien el funcionamiento organizativo de un partido y sus actividades se explican fundamentalmente en términos de alianzas y conflictos por el poder, entre los diversos actores que integran la organización.

Hay que resaltar que en el núcleo argumental de las teorías de la organización se plantea también que la dinámica de la lucha por el poder en el seno de la organización del partido (una dinámica condicionada a su vez por la influencia del entorno) constituye la clave para comprender el funcionamiento de un partido, así como los cambios que aquel experimente. Este enfoque considera también que los imperativos técnicos por los que cada partido debe atravesar, esto es, aquellos derivados de la división interna de trabajo, de la coordinación entre sus distintos órganos, la necesidad de proceder a una cierta especialización en sus relaciones con el entorno y sobre todo, la importancia de sus *finés* organizativos, es decir, que el papel que cada miembro del partido tiene asignado según la división interna del trabajo, se orienta a la consecución de aquellos fines. Aquí cobra un

papel preponderante la *identificación* de los participantes con los fines organizativos, es decir con una causa común.

Confiamos en que este marco teórico nos permitirá trabajar articuladamente el componente organizativo y el componente de la ideología, para explicarnos el anclaje, permanencia y sobre todo el *interés* de un partido radical como el PCMLE, por posicionarse en un campo que aparentemente entrañaba poca importancia para los demás partidos nacionales, como es, el espacio universitario.

Tipología de los partidos políticos

Para comenzar una breve discusión respecto a las tipologías de los partidos políticos, con el fin de aprehender de mejor manera nuestro objeto de estudio, tomaremos como marco la clasificación que efectúa Manuel Alcántara Sáenz (2003) que, en base a un recuento teórico de las teorías de los partidos políticos a lo largo de todo el siglo veinte, esboza cuatro criterios clasificatorios que se intersectan.

El primer criterio, es el *numérico*, que se refiere al número de partidos existentes en un sistema político y que comprende aproximaciones que se centran en el recuento de los partidos, que abarca desde la operación de enunciar a aquellos que reciben un caudal mínimo de votos a los que alcanzan algún tipo de representación efectiva.

El segundo criterio es el *estructural*, que conciben al partido, más que como una mera agregación de individuos, como un sistema de organización interactivo en el cual los partidos terminan por constituirse en una maquinaria política burocrática. Aquí, Alcántara identifica el partido como 1) grupo de apoyo, 2) red de información y 3) sistema de decisiones.

El tercer criterio es el *funcional*, y se basa en los aportes de Almond, Powell y Cotarello. El propio Alcántara se suscribe a este enfoque, pues para él, conforma taxonomías más versátiles susceptibles de una mayor interacción con teorías politológicas de mayor alcance, pues “al situar los partidos políticos entre la estructura del sistema político y la sociedad, que a su vez son escenarios de

profundas y permanentes mutaciones, provocan constantes variaciones en sus funciones” (Alcántara, 2003: 38), ya que se concibe a los partidos como inmersos en una continua situación de cambio y de adaptabilidad.

Finalmente, el cuarto criterio que identifica Alcántara es el *ideológico*, que se suscribe al bagaje explicativo o interpretativo que poseen los partidos, para la justificación de sus actividades o para definir los patrones de su actitud política. Alcántara enfatiza que los principales ejes vertebradores de los criterios ideológicos, que llegan a conformar altos índices de identificación partidista son a) el definido por la confesionalidad religiosa, en lo relativo tanto al binomio que supone su aceptación o su rechazo; b) el eje que supone el diseño de la relación entre lo público y lo privado; c) el constituido por la territorialidad como argumento que opone el centro a la periferia y finalmente d) el surgido de la división de la sociedad en clases derivado de su posicionamiento con respecto a los factores de producción. En este punto señala Alcántara que para Janda (*Comparative political parties: research and theory*) la tipología ideológica no se remite únicamente a criterios estructurales como los anteriormente mencionados sino que puede centrarse en una tipología general referente a los programas de los partidos (partidos orientados por temas) que gire en torno a nociones políticas nacionales; a su vez Janda agrega como criterios ideológicos-estructurales, además de los arriba mencionados, los contenidos étnicos y regionales.

Para generar un marco de discusión en el cual se asiente nuestro objeto de estudio desarrollaremos un poco más en este acápite los criterios de clasificación funcionalista de los partidos políticos, dejando para el siguiente acápite, como marco general, el criterio estructural y el criterio ideológico, en el cual inscribimos el enfoque de las teorías organizativas de los partidos, que nos ayudarán a aprehender nuestro objeto de estudio.

En cuanto a los criterios funcionalistas, Alcántara, en base al trabajo de Almond y Powell, efectúa una sub-clasificación de los partidos en base a sus *funciones generales*; así, tenemos los partidos suscritos a las funciones de *articulación de intereses institucionales*, entendida como el proceso mediante el cual individuos y grupos planean demandas ante quienes toman las decisiones

políticas; partidos de *agregación de intereses*, que es el proceso de convertir las demandas en alternativas políticas generales; *de reclutamiento político*, orientado a la búsqueda y formación de élites y; *de socialización política* que consiste en aumentar los patrones, actitudes y símbolos de identificación con el votante, por parte del partido. Un punto importante que resaltamos en cuanto a la función de socialización, es que aquel supone “la gestación de subculturas que conllevan *interpretaciones homogéneas y que contribuyen a consolidar caracteres grupales cerrados*” (Alcántara, 2003: 42, las cursivas son nuestras). El aporte de Almond y Powell en este punto, según Alcántara es que ambos autores estimaron que estas funciones se combinan entre sí, de manera que los partidos constituirían *estructuras multifuncionales* en relación con el tipo de sistema político en el que se encuentran ubicados¹.

Finalmente, Alcántara nos menciona que, la línea abierta por Almond y Powell plantea el desarrollo diferenciado de las funciones sociales y las funciones institucionales por parte de los partidos políticos: según este autor, las primeras comprenden la socialización política, la movilización de la opinión pública, la representación de intereses y la legitimización del sistema político; entre las segundas se inscriben la selección de élites, la organización de elecciones y de la composición del Parlamento y del Gobierno (Alcántara, 2003: 45).

Alcántara también mantiene en su planteamiento teórico esta posición. Para él históricamente en la sociedad los partidos políticos desempeñaron funciones de socialización, movilización, representación y participación, mientras que en el régimen político desempeñan las funciones de legitimización y de operatividad; tareas según este autor, interrelacionadas y no mutuamente excluyentes.

Una observación que cabe resaltar de Alcántara, para diferenciar el sistema de partidos en el que se inscribe nuestro objeto de estudio del campo actual, se refiere a que, en las sociedades contemporáneas las funciones de socialización,

¹ Alcántara complementa esta tipología con la perspectiva de Michels para quien, los partidos serían herramientas mediante las cuales un pequeño grupo social domina al resto de la sociedad; de Dewey que resalta la función que cumplen los partidos al llenar el vacío existente entre el gobierno y la sociedad; de Ostrogorki quien señala que los partidos son organizaciones limitadas a un fin particular y a la duración necesaria para cumplirlo; y de Laski que resalta su función de captar la opinión pública.

movilización, participación y legitimación se encuentran muy disminuidas, pues las mismas fracturas de las sociedades por cuestiones de confesionalidad religiosa o de clase no comportan motivos de diferenciación partidista, por lo que la función de socialización, según este autor llegaría a carecer de sentido. Esto no solo es debido a los cambios económicos y sociales ocurridos ni por el proceso de disolución en el que se encontrarían las ideologías, sino que más bien la socialización partidista se vería, en la actualidad, barrida por el incremento de las fuentes de información así como por la agudización de comportamientos individualistas; “los partidos [se encontrarían por lo tanto], *inservibles como instrumentos de formación de una determinada conciencia colectiva*” (Alcántara, 2003: 49, las cursivas son nuestras).

De igual manera, para Alcántara, en la actualidad ha disminuido notablemente la capacidad movilizadora de los partidos, debido sobre todo a la presencia de los nuevos movimientos sociales o de formas de comunicación social individualizantes que han eclipsado el contacto directo entre los políticos y la gente: “el realismo político reduce las ideologías a nuevas etiquetas, perdiendo los partidos su capacidad de ‘gestionar utopías’ movilizadoras de importantes núcleos sociales” (Alcántara, 2003: 49). Al mismo tiempo la expansión de las clases medias y la consecuente fractura de las clases sociales, han creado las condiciones para la formación de partidos atrápalo-todo cuyos principales signos de identidad, desde el pluriclasismo, son precisamente su renuncia a la socialización y a la movilización de las masas, y la adopción de altas dosis de pragmatismo².

² Los rasgos diferenciales de los partidos “atrápalo-todo”, que representan uno de los estadios de mayor evolución de los partidos, se caracterizan por la disminución de su consistencia ideológica que viene acompañada por la menor presencia del contenido clasista de la militancia, el mayor peso de la élite dirigente, que contrasta con el reducido papel del militante de base y por la presencia en su seno de grupos de interés plurales. El partido atrápalo-todo prototipo de las formas partidarias contemporáneas constituiría de esta manera una suerte de antítesis de los partidos de masas que ponen el acento en la socialización, la movilización, la participación, y la legitimación, y de los partidos de cuadros, que enfatizan la representación y la operatividad del régimen político.

Estructura organizativa e ideología.

En cuanto al criterio estructural que, como mencionamos anteriormente, concibe al partido como un sistema de organización interactivo en el cual los partidos terminan por constituirse en una maquinaria política burocrática, resaltamos el enfoque de Lipset y Rokkan (1992) quienes desarrollan una teoría explicativa de la forma en la que los conflictos sociales más significativos se transfieren al origen de los partidos políticos. Ambos autores señalan estos conflictos como *líneas críticas de ruptura*, y son la base que estructuraría históricamente el sistema de partidos. En este modelo, las funciones de los partidos serían las de actuar, bien como agentes de gestión del conflicto (sobre todo en su representación de las divisiones sociales, étnicas o identitarias), o como instrumentos de integración (Lipset y Rokkan, 1992: 242)

Por su parte, José Vilas, siguiendo a Weber resalta las principales caras que puede adoptar un partido político desde su organización: el partido como organización de afiliados, el partido como organización gobernante y el partido como organización burocrática (Vilas, 2003: 74).

En el partido como organización de afiliados, resalta el papel de los ciudadanos que, sin responsabilidad política específica, aspiran a influir en las decisiones políticas de la organización de la que forman parte. Esta posible cara de un partido nos enfrenta, según Vilas, con el problema de la distribución y el equilibrio del poder dentro del partido: dónde se adoptan las decisiones importantes; cuáles son sus miembros y sus funciones; cuál es la norma acerca de la elección de candidatos, el número de miembros de base y derechos de los miembros; las características de su participación más o menos intermitente; el número de unidades básicas de la organización, entre otros. Las observaciones que consideramos relevantes en este punto se remiten, en primer lugar a que, aunque la afiliación y una identificación intensa con un partido no son idénticas entre sus miembros, *no suponen necesariamente una identidad de motivaciones*; la segunda observación señala que cuanto más abierta sea una organización partidaria, es decir, cuanto más tenues son las fronteras entre afiliados y no afiliados, menos vinculados se sentirán los afiliados y más proclives a adoptar

posiciones pasivas. Esta apertura tenderá a aumentar la heterogeneidad de miembros y dirigentes, bajando el nivel de actividad de las bases y decreciendo las diferencias de políticas respecto a otros partidos, lo que hará *que el partido sea más sensible al ambiente*, es decir, un partido de este tipo presentará una débil institucionalización (Vilas, 2003: 76, las cursivas son nuestras).

El partido como organización gobernante se refiere a su fuerza institucional para formar y garantizar mayorías parlamentarias y de gobierno, por sí solo o en coalición.

Por su parte en el estudio de los partidos como organizaciones burocráticas, retomamos a Weber (2010) y la clasificación que efectúa entre *partidos de patronazgo*, que tienden a conseguir exclusivamente una posición de poder para su líder y la ocupación de cargos administrativos por el “aparato” de sus seguidores; *partidos de masas*, que se caracterizan por una organización fuerte, jerarquizada y centralizada, que produce un personal político profesionalizado a tiempo completo, y que, por sus características de uniformidad, jerarquización formal, disciplina y secreto (atributos que lo convierten en un eficaz instrumento político) se asemejaría a la burocracia estatal; *partidos estamentales o clasistas*, que actúan deliberadamente en interés de algún tipo de clase; y los *partidos ideológicos*, organizados en base a principios abstractos referidos a una particular visión del mundo (Weber, 2010: 99). Weber ve en estas formas organizativas, un ejemplo del predominio de los procesos de racionalización y burocratización que caracterizan en su conjunto el desarrollo social y democrático de la modernidad. De igual manera Weber resaltó la importancia de la *financiación* de partido para determinar su carácter: si es mayoritariamente financiado por sus candidatos, los partidos se configuran como plutocracias de los candidatos; si provienen de un mecenas, por lo general grupos industriales o financieros, el partido se configura como agente de los intereses específicos de aquellos grupos; si la financiación provienen de los afiliados al partido, los candidatos dependerán del aparato del mismo (Weber, 2010: 299).

Vilas señala que estas tres caras que puede adoptar un partido, han de verse como tres aspectos que coexisten dentro de una sola organización compleja,

aunque reflejen diferenciación de funciones, de motivación de los miembros y de poder de la base sobre sus dirigentes. Sin embargo, enfatiza que el equilibrio entre las tres caras del partido ha cambiado progresivamente respecto a lo que existía en la primera mitad del siglo veinte, y aún hasta la década de los sesenta y setenta, de modo que la organización de afiliados ha perdido significatividad mientras la organización gobernante y la organización burocrática de un partido han ganado protagonismo. Se supone también que la cara burocrática del partido se ha hecho más profesionalizada y centralizada y se ha integrado más estrechamente a la cara gobernante (Vilas, 2003: 75).

En este punto damos un salto cualitativo para suscribirnos al enfoque de las teorías organizativas, que postula en primer lugar, que la razón de ser de los partidos no se inscriben únicamente en la victoria electoral, “porque no explican casos [como los del PCMLE] donde los partidos adoptan estrategias previsiblemente destinadas a penalizarlos electoralmente” (Panebianco, 1982:23) como por ejemplo, la recurrencia a la violencia. Para los enfoques organizativos, y en especial para la teoría construida por Ángel Panebianco dentro de esta línea, pensar que la razón de ser del partido se condensa solamente en la lucha electoral, no nos permite explicar por qué hay partidos que “parecen eludir deliberadamente acciones u opciones que podrían conducirlos a la victoria electoral o bien (...) contentarse únicamente con su ubicación en una determinada posición *sin posibilidades de incrementar sus propios apoyos* y menos aún de acceder al desempeño de funciones en los gobiernos” (Panebianco, 1982: 33, las cursivas son nuestras).

Dentro de esta problemática, tanto para Panebianco como para Michels y Duverger, el componente organizativo de un partido podría constituir una clave fundamental para la explicación de su comportamiento, así como uno de los *fines mismos* del partido. Sospechamos que esta última aportación, generada por Panebianco a partir de una proposición de Michels y que desarrollaremos más adelante, puede ser clave para comprender la mecánica de nuestro objeto de estudio.

En cuanto a la forma organizativa que puede adoptar un partido, para Maurice Duverger existe una correlación manifiesta entre las orientaciones ideológicas de un partido y las formas organizacionales que lo estructuran y articulan; dos categorías planteadas por este autor, que tomaremos para el análisis de nuestro objeto de estudio, permiten la comprensión de esta correlación: *medios organizacionales* y *estructuras articuladoras*. La categoría de “medios organizacionales” se refiere a las funciones de articulación que el partido despliega para vincularse con el sistema social, con el fin, tanto de reclutar bases, como de sustentar un adiestramiento doctrinal permanente de las bases que ya forman parte del partido. Por su parte, “estructuras articuladoras” hace referencia a las estructuras horizontales o verticales de relacionamiento entre los medios organizacionales.

Bajo la categoría de medios organizacionales, Duverger clasifica cuatro tendencias de unidades organizacionales que a su vez se corresponden a formas dogmáticamente diferenciadas de partidos políticos: los *comités* serían las formas organizativas usuales de los partidos políticos conservadores y a la vez las formas más primitivas de organización partidista; las *secciones* son las formas organizativas propias de los partidos socialistas, aunque en el transcurso del tiempo, fueron adoptadas por los partidos conservadores debido a su efectividad para llegar a un mayor número de sectores; las *células* corresponden sobre todo a la estrategia organizativa de los partidos comunistas y las *milicias* se asocian con los partidos fascistas o con los partidos comunistas que tienden a la ruptura con el sistema parlamentario. Considerando nuestro objeto de estudio, por el momento nos concentraremos en el carácter de las unidades de base que corresponden a los partidos de izquierda: secciones y células.

Las secciones, corresponden a las unidades operativo-organizativas de un partido centralizado, que funcionan siempre articulándose entre sí. Si bien las secciones serían unidades menos autónomas que los comités al integrarse bajo una estructura centralizada, a su vez constituirían las unidades de base que, por su disposición organizativa, permitirían la *captación de un mayor número de miembros*. Efectivamente, nos dice Duverger que, a diferencia de los comités y de

las células que son más restrictivos, las secciones fueron concebidas por los partidos socialistas para tender puentes entre sí y las grandes masas de la población; esta disposición determinaría que los miembros de las secciones políticas estén condicionados en consecuencia, a mantener un contacto permanente con estos sectores, reuniéndose periódicamente con ellos “no solo para diseñar tácticas electorales sino para *educarlos políticamente*” (Duverger, 1957: 54 las cursivas son nuestras).

Por otra parte, señala Duverger que las grandes dimensiones que puede llegar a tener una sección, *la obliga a estructurar una jerarquía y una burocracia interna más fuertes*, que siempre responden al organismo central del partido. La conformación de una burocracia propia del partido, producto del desarrollo de su complejidad organizativa interna, es un punto fundamental para el desarrollo de nuestro trabajo investigativo

El adoctrinamiento ideológico en toda esta estructura, funcionaría por el mantenimiento de la unidad entre los distintos organismos que conforman un partido; sin embargo, en un tipo de organización más abierta hacia la diversidad interna, como son las secciones de los partidos socialistas, esta misma diversidad, sumada a una menor jerarquización interna y a elementos articuladores más horizontales, determinarían una mayor tendencia hacia el fraccionamiento interno. Es aquí donde el autor resalta la estructura organizativa más jerarquizada de los partidos comunistas, aduciendo que es precisamente este nivel de jerarquía y estratificación interna lo que permite que el componente ideológico actúe efectivamente como un elemento de cooptación. Es esta *la fuerte tendencia oligárquica asentada en la doctrina* de la que nos habla Duverger.

Nos dice Duverger que el nivel de cooptación ideológica que logran los partidos comunistas es vital para el funcionamiento del partido, porque la dinámica de confrontación de este tipo de partidos no se reduce solamente a las luchas electorales, sino que su usual campo de acción está en el terreno de la agitación política y la lucha clandestina. En este punto, Duverger anota que hay que recordar que el origen de los partidos comunistas se dio en períodos de fuertes represiones políticas y persecución a sus integrantes; por tal motivo, su

forma organizativa está pensada para adaptarse tanto a la confrontación parlamentaria, a la lucha abierta o al combate clandestino. Es por esto también que la doctrina rígida y totalitaria de un partido comunista, “no exige solo una adhesión política, sino un compromiso absoluto de todo el ser [del militante]; no admite la distinción entre la vida pública y la vida privada, sino que pretende regentar ambas” (Duverger, 1957: 32).

En este punto nos permitimos señalar que suponemos que la estructura organizativa que el partido político PCMLE desplegó en los espacios de la Universidad Central durante el período estudiado, tuvo una base *asentada en secciones*, encargada de llevar a cabo efectivamente este doble movimiento de captación de otras formas de agrupaciones políticas y adoctrinamiento político permanente; pero a su vez sostenemos que estas secciones se insertaron en una estructura central jerarquizada, marcadamente vertical y fuertemente dogmática, correspondiente a los partidos comunistas más ortodoxos, con el fin de mantener una potente acción ideológica interna para la cohesión de sus bloques y la movilización de los mismos en los momentos de mayor confrontación política. Incluso, suponemos la existencia de células en esta organización, que ejecutarían las tareas más clandestinas, que orquestaron los momentos cruciales de enfrentamiento violento.

A su vez, suponemos que la estructura organizativa desplegada por el PCMLE, los sistemas de alianzas que genera en el espacio universitario y las articulaciones ideológicas que circulan en todo este entramado, en el caso que estamos estudiando constituyen los elementos sustanciales de articulación y construcción de una fuerte *identidad política colectiva* al interior de los sectores cooptados en la Universidad Central, lo que explicaría finalmente el carácter intransigente e impermeable que este espacio ha adoptado ante los cambios políticos y sociales dados.

El partido como fin

Para lograr un acercamiento a la complejidad interna de un partido político, Panebianco nos advierte contra el riesgo de utilizar un enfoque sesgado, que nos haga apreciar un partido solo como el producto de las demandas de los grupos sociales que representa o como mera manifestación política de las divisiones sociales; hace un llamado de atención a considerar las complejas relaciones existentes dentro de un partido entre la élites y sus bases, así como a identificar las desigualdades inherentes a la acción organizada en cuanto tal (Panebianco, 1982: 29).

Para comprender esta relación compleja, Robert Michels (1996), trabaja alrededor de un conjunto de problemas comunes a todas las asociaciones partidarias, producto del desarrollo de sus formas organizativas internas: 1) la burocratización interna de un partido; 2) la formación de élites del partido y 3) la tendencia a convertir al partido en un “fin en sí mismo” para sus adherentes, y no ya solamente en un instrumento propulsor de políticas.

Según Michels, la burocracia es el producto inevitable del propio principio de organización. La burocracia implica necesariamente la concentración de poder en las élites y la consecuente pérdida de influencia de las mayorías que se acogen a un partido (las masas). De hecho, en su formulación de la ley de hierro de la oligarquía, Michels equipara organización con oligarquía y anota que es precisamente la organización lo que da origen a la dominación de los elegidos sobre los electores (Michels, 1996:72). Michels enfatiza una correlación tácita entre el proceso de burocratización interna de un partido y su inevitable tendencia hacia la oligarquía.

La habilidad que la élite tiene en el manejo de la dirección y organización del partido, para Michels constituye una forma positiva de poder, y este poder *se acrecienta en la realidad cotidiana de la vida de la organización*. Aquí, el poder de las élites se robustece más por lo que Michels define como la incompetencia de las masas para participar directamente en el proceso de toma de decisiones. Esta falta de participación directa de las masas dentro de los procesos fundamentales de un partido, y por lo tanto, su desconocimiento de los intereses y problemas

centrales que afectan a la vida de la organización, estaría dada según Michels, 1) por el poco tiempo que las masas dedican a la actividad política debido a sus obligaciones con el trabajo –en comparación con el tiempo de dedicación exclusiva que las élites otorgan al partido-; 2) por el bajo nivel de educación y conocimientos políticos específicos que las masas tendrían, en relación a las élites 3) porque en la masa, existe siempre una necesidad de dirección y guía. Este último punto es explicable para Michels por la propia división de trabajo de las sociedades modernas, que tornó más complicada toda la maquinaria política de un partido.

Este conjunto de circunstancias hace que Michels *rechace el supuesto de que al interior de los partidos se produzca un liderazgo representativo*. De hecho, Michels afirmarí­a que quienes llegaban a ser funcionarios a tiempo completo de los partidos, aunque pertenecieran por su posición social a la clase de los gobernados, habían llegado a formar parte de la oligarquía dominante (Michels, 1996:74). Es decir, que los líderes que provienen de las masas, son en sí mismo parte de las elites de poder y tienden a elaborar propósitos y desarrollar intereses derivados de su posición en los estamentos privilegiados. Esto explicaría para Michels, el hecho de que muchas de las iniciativas de las organizaciones de masas, reflejen los intereses de los líderes -donde se ha personalizado el partido- y no la voluntad de la masa³.

El comportamiento de las élites al interior de un partido y su influencia en la estructura organizativa se correlacionan con el tercer punto tratado por Michels: la tendencia a convertir al partido en un fin en sí mismo. Así, Michels notó que las elites de un partido tienden a priorizar la supervivencia del partido, *incluso por*

³ Michels observa el hecho de que los líderes de las organizaciones de masas sean parte de la clase política dominante, no significa que no continuarán oponiéndose a otros sectores de la élite política; de hecho, para mantener y extender su influencia utilizarán el apoyo de las masas que los siguen. Sin embargo, resalta el autor que la intención final de esta oposición de la élite que surge de las masas hacia otros sectores de la élite se orienta *a reemplazar el poder de aquellas por el suyo propio* (Michels, 1996:45). Para Lipset (1996), este tipo de tendencia de la élite se deriva de una ley sociológica universal que implica que todo órgano social nacido como consecuencia de la división de trabajo, *crea intereses peculiares propios tan pronto como logra consolidarse*, y la existencia de estos intereses particulares trae aparejado un conflicto inevitable con los intereses de la colectividad (Lipset, 1996: 17 las cursivas son nuestras).

encima de los intereses de la mayoría de sus miembros o la adhesión a la doctrina; desde esta perspectiva anotó que la conducta de los líderes partidarios en el fondo se orienta a mantener sus propias posiciones de poder. De hecho, ante una situación (sea externa o interna al partido) que tienda a atentar contra el statu quo de las élites las llevará, en el primer caso, a adoptar políticas reaccionarias aunque los intereses de la clase trabajadora a la que representan reclame una política osada y agresiva, o, en el segundo caso a reaccionar violentamente si se produce un cuestionamiento fuerte a su cargo o su autoridad desde dentro de la organización, “llegando en ocasiones a atentar contra los derechos democráticos de los miembros del partido” (Michels, 1996: 46)⁴.

En cuanto a estos tres momentos estudiados por Michels, Panebianco señala que aquel define una transición entre la génesis de un partido político, que va desde la preponderancia de los fines organizativos durante la fase inicial de un partido (cuando la organización está enteramente encausada a la realización de la “causa”) a otra sucesiva en la que el crecimiento de las dimensiones del partido, la burocratización que se va formando en aquel y la apatía de los afiliados tras el entusiasmo participativo inicial, sumado a la voluntad de los jefes por conservar el poder, transforman el partido en una organización en la cual el fin real es la conservación de sí mismo, la supervivencia organizativa. En esta discusión, el aporte de Panebianco consiste en señalar que el paso de un momento a otro, dentro de la teoría de Michels, se produce a través del *proceso de institucionalización* de la organización, entendida esta como el paso de una fase de fluidez estructural inicial a una fase de estabilización donde se desarrollan

⁴ Michels enfatiza que cuando una situación de esta magnitud se produce al interior de un partido de tendencia comunista, la élite puede emprender argumentaciones que refuercen la cooptación doctrinaria interna, para evitar el fraccionamiento del partido; es decir, que los líderes pueden legitimar su accionar violento y antidemocrático, remitiéndose a las condiciones fundantes de este tipo de partidos de masas, pues, como mencionamos en un inicio, un partido de masas comunista fue una organización que se creó en condiciones de persecución política. Esta condición fundante hace que *la presencia del enemigo externo* esté siempre presente para los miembros de la organización, que se mantiene unida precisamente por su lucha contra enemigos poderosos; todo intento por levantar la disidencia dentro de la organización, en consecuencia, se mira desde las élites y desde sectores de las bases como una tentativa de provocar el faccionalismo, tentativa, que estaría “auspiciada” por los enemigos del partido. Por este conjunto de mecanismos entonces, las críticas graves a los líderes son definidas como traición a la propia organización.

intereses enfocados en la propia supervivencia de la organización y lealtades organizativas igualmente estables: “con la institucionalización asistimos al paso de una fase en la que el partido en cuanto sistema de solidaridad orientado a la realización de sus fines oficiales pasa a otra fase *en la que se transforma en un sistema de intereses* y desarrolla tendencias oligárquicas” (Panebianco, 1982: 86, Las cursivas son nuestras).

Sin embargo, para aprehender el carácter multidimensional de todo este proceso, hay que considerar también que los “fines oficiales” de un partido no constituyen una mera fachada ni son solo el producto contingente de los equilibrios organizativos; de hecho, siguiendo a Panebianco consideramos que, incluso cuando la organización del partido se ha consolidado, sus fines “oficiales” originarios continúan ejerciendo una influencia efectiva sobre la organización, ya sea en las relaciones entre la organización y su entorno cuanto en el relacionamiento de sus niveles internos.

En este punto y para explicar la complejidad del relacionamiento entre los diversos niveles de un partido, Panebianco, a partir de la teoría de los incentivos de Olson, y en complementación a la ley de hierro de la oligarquía de Michels, posiciona el poder de las bases dentro de las estructuras organizativas del partido. De esta manera, siguiendo el esquema planteado por Michels, Panebianco señala una fase inicial en la vida del partido, en la que prevalecen los *incentivos colectivos* (participación de tipo “movimiento social”), relacionados con la formación de identidad organizativa, a otra en la que predominan los *incentivos selectivos* relacionados con el desarrollo de una burocracia (participación de tipo “profesional”).

En la fase de predominio de los incentivos colectivos, la ideología organizativa es manifiesta (objetivos explícitos y coherentes) y la libertad de los líderes es más amplia “porque es a ellos a quienes corresponde la definición de las metas ideológicas del partido y la selección de su base social” (Panebianco, 1982: 88); esta fase corresponde también al preeminencia de una estrategia agresiva orientada a dominar o a transformar el medio en que se está desarrollando el partido, esto es, según Panebianco característico de una

organización en formación que debe abrirse camino en medio de otras organizaciones concurrentes y *conquistar una cuota estable del mercado*. En esta fase finalmente, los incentivos que el partido debe distribuir para asegurarse la necesaria participación, son sobre todo incentivos colectivos, es decir, beneficios o *promesas de beneficios* que la organización debe distribuir a todos los participantes en la misma medida; aquí operan de manera muy relevante los incentivos de *identidad* -donde se participa porque existe una identificación con la organización-, de *solidaridad* -donde se participa por razones de solidaridad con los demás participantes-, e *ideológicos* -donde se participa porque existe una identificación con la causa de la organización.

En la fase de predominio de los incentivos selectivos, según Panebianco, la ideología se vuelve *latente* (los objetivos de partido pueden tornarse vagos, implícitos y contradictorios), y en general, predomina una estrategia de *adaptación* al medio, que el partido adopta, como actitud propia de una organización que, *ya consolidada como sistema de intereses*, tiene demasiado que perder con una política agresiva y aventurera. Los incentivos selectivos son, en concordancia con el modelo de Olson, beneficios que el partido distribuye solamente a algunos participantes y de modo desigual; entre ellos operan de manera preponderante los incentivos de *poder*, *status* y los incentivos *materiales*. En la fase de predominio de los incentivos selectivos además, la libertad de elección de los líderes se reduce drásticamente, pues ya se halla condicionada por las exigencias organizativas propias de un partido ya consolidado. En este punto, y siguiendo a Downs, Panebianco respalda la tesis de que los partidos no pueden moverse libremente en el continuum ideológico derecha-izquierda en busca de la posición máxima para optimizar sus apoyos, precisamente porque se lo impiden los militantes, quienes están en condiciones de ejercer un poder de veto, respecto a los cambios de ubicación política que contrasten con la propia orientación ideológica del partido (Panebianco, 1982: 33)⁵.

⁵ La tendencia a la reducción de la libertad de maniobra de los líderes tras la institucionalización del partido no es contradictoria con el desarrollo de una oligarquía.

Hay que resaltar que los incentivos selectivos pueden *reforzar* más no *crear* la identificación, que es más bien resultado de los incentivos colectivos, y también, que todos los actores de un partido político tienden a disfrutar más que de un solo tipo de incentivos, que de una combinación de incentivos colectivos y selectivos. En realidad hay que hablar de actores organizativos cuyo incentivo predominante es de un tipo u otro⁶.

Hay que resaltar también que la necesidad que tiene el partido de distribuir en proporciones variables ambos incentivos, provoca un dilema en la organización ya que los dos son también, recíprocamente contradictorios: si la organización distribuye demasiados incentivos selectivos y de una forma demasiado visible, “resta credibilidad al mito de la organización como instrumento enteramente volcado en la realización de la causa, lo que a su vez debilita su capacidad para distribuir incentivos colectivos” (Panebianco, 1982: 86). Por otra parte, si el partido pone un excesivo énfasis en los incentivos colectivos, *se compromete la continuidad de la organización*, pues esta se reafirma sobre todo gracias a la circulación de los incentivos selectivos.

Los *intereses individuales* se satisfacen a través de incentivos selectivos y las *lealtades* organizativas dependen de los incentivos colectivos. Se produce así una doble presión dentro del partido, que, siguiendo a Panebianco, nos permite identificar las funciones internas de la ideología organizativa: la primera función interna de la ideología, es la de *mantener la identidad de la organización* a los ojos de los partidarios, con lo que se convierte en la fuente principal de los incentivos colectivos; la segunda, es la de *ocultar la distribución de los incentivos selectivos* (Panebianco, 1982: 75)

La función de ocultación que cumple la ideología es fundamental para las élites, porque una excesiva visibilidad de los incentivos selectivos debilitaría la credibilidad del partido en cuanto organización dedicada a la “causa”, comprometiendo al mismo tiempo su capacidad de distribuir incentivos

⁶ El militante orientado a participar por la “causa” tiende a disfrutar también de algún tipo de incentivo selectivo, por ejemplo, en términos de servicios colaterales de asistencia o de status respecto a los simples afiliados. Lo mismo ocurre con los actores atraídos por los incentivos selectivos.

colectivos. La ideología de un partido desarrolla la importante función de *racionalizar y ennoblecer* las aspiraciones al éxito individual dentro de sí, por ello, los ascensos en el propio estatus se interpretan como parte de las exigencias superiores de la causa; por tal motivo, cuanto más dependa la existencia de un partido de los incentivos selectivos que ofrece a sus miembros, tanto más relevante será el problema de su ocultación y mayor el papel desempeñado por la ideología⁷.

Esto explicaría la aseveración emitida más arriba, que planteaba que los fines oficiales prescritos por la ideología no constituyen solo una fachada para el partido; dentro de la vida cotidiana del mismo, deben ponerse en marcha al menos ciertas actividades para su consecución. Esto explica también por qué, posiciones internas en fuerte oposición con los fines oficiales del partido, pueden provocar altos costes simbólicos para el mismo.

Esto explicaría finalmente, por qué un partido radical como el PCMLE estableció todo un aparataje doctrinario y organizativo orientado a evitar la presencia de fracciones o tendencias internas, ya que el fraccionamiento ideológico es más frecuente en los partidos programáticos de izquierda, en los que el acento en amplios y no bien especificados fines sociales y económicos, el énfasis en una concepción participativa de democracia y la referencia a teorías generales del desarrollo social han abierto históricamente espacios a divisiones

⁷ En este punto es interesante mencionar la correlación que establece Karl Mannheim (2004) entre ideología y utopía. Esta correlación estaría determinada por la *incongruencia*, pues para este autor, tanto la ideología como la utopía no coinciden con el estado de la realidad en cuestión (Mannheim 2004: 193).

Superando la noción despectiva que se mantenía respecto a la ideología, entendida como la alienación neta o el ocultamiento de la realidad, Mannheim plantea una función estabilizadora del orden imperante; por el contrario, en este planteamiento corresponde a la utopía el papel de destruir, parcial o enteramente el orden establecido en un momento dado (Mannheim 2004: 92). La ideología constituye así una fuerza histórica con un doble movimiento, pues, a la vez que trabaja por destruir el orden de cosas presentes, presupone también preservar la identidad de cierto grupo, de cierta clase o de cierta situación histórica; esta es la caracterización de la incongruencia de la ideología:

(...) las ideas trascendentes expuestas en la ideología carecen de validez o son incapaces de modificar el orden existente. La mentalidad ideológica acepta la imposibilidad del cambio, ya porque acepta los sistemas de justificación que explican la incongruencia, ya porque la incongruencia ha quedado ocultada por factores que van desde el engaño inconsciente a la mentira consciente (Mannheim 2004: 195)

permanentes sobre los objetivos finales y más todavía sobre *los medios* para alcanzarlos⁸. Por el contrario, los partidos de origen “burgués”, menos participativos, más individualistas y caracterizados por un menor interés en grandes objetivos y programas, resultan menos vulnerables a la fragmentación ideológica.

Aunque parezca paradójico, en los partidos orientados prioritariamente por la ideología, si esta es muy definida y la organización es grande, tiende a producirse un peso acrecentado de la burocracia del partido. En estos casos, “la necesidad de tareas de vigilancia de la pureza ideológica *suelen incrementar el carácter conservador de la organización*” (Levitsky, 2005: 97, las cursivas son nuestras): los ideólogos tienden a establecer vínculos preferentes con los burócratas que les sirven de custodios y difusores del dogma.

⁸ Por “tendencia” se entiende la existencia de un conjunto estable de actitudes políticas e ideológicas, con frecuencia enraizadas en la tradición histórica de un partido; una tendencia no se corresponde necesariamente con un grupo individualizado, sino que puede designar simplemente una serie de predisposiciones políticas orientadas hacia una cierta dirección, y si bien encuentran expresión concreta en algunos momentos de la vida de un partido, no se traducen necesariamente en organización, o tienen una muy débil consistencia organizativa. Por su parte, “fracción” es una unidad sub-partidaria permanente y cohesionada, altamente organizada –en ocasiones con órganos de prensa y de información y estudios propios- presentes en todos los procesos partidarios. Sus miembros comparten un sentido de identidad común y un común propósito, y se organizan como un bloque diferenciado para actuar colectivamente en la prosecución de sus objetivos; además, muchas veces en una fracción prevalece la finalidad del poder y de obtención de puestos respecto a las inclinaciones político-ideológicas (Levitsky 2005: 55).

CAPÍTULO 2

LA ESCISIÓN DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL Y SUS IMPLICACIONES PARA LA CONFORMACIÓN DEL PCMLE.

Para comprender los debates y posicionamientos ideológicos que ocasionaron la escisión del movimiento comunista internacional en dos bloques, uno más moderado suscrito a los postulados de la Unión Soviética de Khrushchev, y un bloque más radical, partidario de la doctrina maoísta que se auto-proclamaba como el marxismo-leninismo adecuado para la era posterior a Stalin, es necesario remitirse a la década de los cincuenta, momento donde se agudizan una serie de conflictos entre ambos países. China Popular y la Unión Soviética ya tenían un antecedente en las tensas relaciones entre Stalin y Mao Tse-Tung al momento en que este último inició sus operaciones insurgentes en el Oriente de China (el Período de Yenán); dichas tensiones se agudizaron a raíz de la llamada “Segunda Revolución”, cuando el ejército de Mao logra el poder sobre el Estado, y alcanzan su punto culminante tras la muerte de Stalin, con el proceso de des-estalinización de los países del bloque soviético, impulsado por Khrushchev después de 1956.

En este cisma, juega un papel fundamental la imagen y doctrina de Stalin, y sobre todo la *interpretación* que tanto la URSS como China Popular, hacen del estalinismo. Hay que recordar que ambos países constituyeron los dos polos de referencia para el comunismo mundial durante todo el período de la Guerra Fría: la Unión Soviética por constituir la primera revolución comunista que alcanzó y *sostuvo* el poder y por lo tanto estaba, ante los ojos de los partidos comunistas de todo el mundo, revestida de la autoridad para trazar las directrices tanto tácticas como ideológicas a los partidos comunistas que aspiraban a reproducir su gesta, y China Popular, que además de constituirse en la segunda potencia que alcanzaba la instauración de un gobierno comunista, fue la primera en impugnar el molde soviético y concentrar la radicalidad de su doctrina en algunos movimientos insurgentes de los países del llamado “Tercer Mundo”: África, parte de Asia y América Latina.

Dentro del caso que nos ocupa, uno de los puntos relevantes para comprender este proceso, es que las distintas posiciones ideológicas, políticas y campos de acción de estas dos potencias fueron condicionadas por su respectivo interés en interpelar a determinados sectores; así lo detecta Pierre Cot (1967), que resalta el hecho de que hacia el período de la agudización de las confrontaciones entre la Unión Soviética y China Popular, ambos países *estaban condicionados por los objetivos de sus propagandas*: así, “el objetivo diplomático de la Unión Soviética de Khrushchev eran los países industrializados occidentales, mientras que los chinos buscaban alcanzar una mayor influencia en los países del Tercer Mundo” (Cot, 1967: 38).

El conflicto chino-soviético.

Abordar todos los hechos históricos y políticos que ocasionaron la agudización de las tensiones entre ambos bloques hasta la gran ruptura producida en 1963, que tuvo fuertes repercusiones en los partidos comunistas a nivel mundial, escapa a los límites de este trabajo de investigación. Sin embargo, para comprender el fuerte anclaje que tuvo el maoísmo en sectores comunistas juveniles de América Latina, es necesario referirse a tres puntos de conflicto que direccionaron el conflicto chino-soviético.

El primer punto de conflicto que nos interesa examinar, es el contraste entre una **razón de Estado nacionalista**, practicado en la política exterior de la Unión Soviética durante los regímenes de Stalin y de Khrushchev, que buscaba mantener la estabilidad diplomática de la URSS, agotada tras 35 años de lucha interna por instaurar el aparato estatal comunista, y una **tendencia Internacionalista expansiva** generada por la propia dinámica de la Revolución China, que se orientaba más bien hacia la agudización de los conflictos internacionales con Occidente, como la vía más adecuada para alcanzar el triunfo del comunismo a nivel mundial (Alexander, 1999: 20).

Para Deutscher (1975), esta tensión comenzó a manifestarse ya hacia mediados de los años veinte, cuando Stalin y Bujarín presionaron a los comunistas de Mao, para mantenerlos en el seno del Kuomintang, regentado por

Chang Kai Shek, y someterlos a su disciplina, con el fin de que renunciaran a sus propias aspiraciones revolucionarias. Para este autor, la razón de Estado de la Unión Soviética se mantenía en vigencia gracias a la doctrina del *socialismo en un solo país*, principal móvil que “sacrificó la potencial revolución china que se estaba gestando, a la discutible ‘razón de Estado’ [de la Unión Soviética], a su egoísmo nacional y a su comodidad diplomática” (Deutscher, 1967: 21). La doctrina del socialismo en un solo país fue promulgada por Stalin, en contraposición al “internacionalismo revolucionario” de Lenin (que constituía, junto a la “democracia proletaria”, los dos componentes de la ortodoxia leninista) argumentando que la revolución rusa se bastaba a sí misma y que el socialismo podía existir como estructura autárquica.

Por su parte, Mao, retomando las dos máximas de la ortodoxia leninista, promulgó el internacionalismo revolucionario, bajo la concepción de que cuanto más audacia muestre el comunismo y más se extienda la revolución, tanto más débiles se mostrarán EEUU y la OTAN, y que por lo tanto existiría, menos riesgos del estallido de una guerra mundial.

En el marco de la agudización del conflicto entre ambos países, las réplicas emitidas desde Moscú consignaban que tan solo la moderación podía asegurar la paz y que si la URSS seguía la senda trazada por China Popular, *favoreciendo imprudentemente todos los fermentos revolucionarios en el extranjero*, el resultado sería un aumento de la tensión internacional que llevaría al desencadenamiento de una guerra general⁹.

El conflicto entre la razón de Estado soviética y el internacionalismo revolucionario chino guarda una correlación muy estrecha con un segundo punto

⁹ En el nodo de este problema Isaac Deutscher (1967) halla una correlación importante con el gran debate interno al Partido Comunista Soviético acontecido en la década del veinte: salvando los contextos históricos, Deutscher muestra cómo Mao retoma los argumentos de Trotski contra Stalin y contra la doctrina del “socialismo en un solo país” por sus negativas implicaciones para la expansión del comunismo internacional, mientras que Khrushchev actuaba de acuerdo con la tradición estalinista. Sin embargo, para Deutscher, el debate chino-soviético marca una paradoja histórica, por cuanto, tanto Khrushchev como Mao rechazan el reconocerse como ecos de esas voces que estaban repitiendo: Khrushchev pretendía que era él y no Stalin quien había engendrado la política de coexistencia pacífica, y Mao sostenía que preconizaba la continuación de la línea estalinista; para Deutscher, ambos falsificaron el pasado: “Khrushchev con el propósito de hacerlo coincidir con la des-estalinización, Mao, con el propósito de que corrobore su reafirmada ortodoxia estalinista” (Deutscher, 1967: 31).

de ruptura, que re-editó encarnizados debates a nivel de los partidos comunistas mundiales: **la opción entre reforma o revolución**. La inclinación por una u otra vía implicaba, para Jaques Mansour Verges (1967) la constatación de, si en la práctica, el socialismo podía surgir dentro del cuadro del sistema capitalista o si solo podía triunfar, llevando al proletariado al poder, mediante la destrucción del aparato de Estado capitalista.

La tendencia reformista de la Unión Soviética durante los últimos años del gobierno de Stalin y durante el período de Khrushchev, se tornó evidente con la promulgación del planteamiento de la coexistencia pacífica. Esta doctrina implicó, como se mencionó más arriba, supeditar la potencia del comunismo internacional a la razón de Estado de la Unión Soviética, tornándose evidente en las maniobras diplomáticas de Stalin, por ejemplo, al mantener a Kai Shek en la dirección del Kuomintang, en el pacto de 1935 con Laval, en el tratado de 1939 con Hitler, en el pacto de Yalta y de Terán con Churchill y Roosevelt, y en los lineamientos de política moderada que generó para los partidos comunistas francés e italiano” (Deutscher, 1967: 32).

Para comprender la tendencia del Partido Comunista Soviético (PCUS) por promover la doctrina de la coexistencia pacífica y la reforma, antes que una radicalización de la revolución, es necesario remitirse a la aguda observación de efectúa Deutscher en “Las tres corrientes del comunismo” (op cit.); para este autor, en el PCUS al igual que en todos los partidos comunistas, se mantuvieron latentes, ocultas bajo la *fachada monolítica* que Stalin procuró imponer, tres tendencias con líneas de separación muy difusas e interrumpidas por contracorrientes diversas: una “demócrata”, ligada a una tendencia más de derecha; una tendencia ubicada en el centro (a la cual pertenecía Khrushchev) y una de “izquierda”.

En el PCUS, la “derecha” ejercía una gran influencia, sobre todo porque servía como una suerte de correa de transmisión “para las fuertes presiones anticomunistas provenientes del campesinado, de los restos de la burguesía y de una parte de los intelectuales” (Deutscher, 1967: 28). Esta facción movilizaba su poder político para lograr la consecuente aplicación de concepciones

“revisionistas”, preconizando una línea de coexistencia pacífica, una separación más neta entre el bloque soviético y los movimientos revolucionarios del mundo, una mayor distancia con la teoría internacionalista de Lenin y un reconocimiento de la estabilización del capitalismo occidental de la post-guerra, y en consecuencia, de la necesidad de transformar los partidos comunistas occidentales en partidos reformistas de izquierda.

Por su parte, los comunistas de Mao atacaron diplomáticamente la política exterior soviética y la concepción Khrushchevita de la coexistencia pacífica (Alexander 1999: 14). Sus argumentos estaban llenos de consignas extremistas que negaban la posibilidad misma de la coexistencia pacífica, llegando hasta el punto de desdeñar el peligro de una guerra nuclear. El argumento principal de los radicales maoístas era que Khrushchev, en su búsqueda de una conciliación con Occidente, había sacrificado los intereses del movimiento revolucionario en Asia, África y América Latina, y que sus lineamientos habían conducido a los partidos comunistas occidentales a guiarse más por los imperativos diplomáticos moscovitas que por los principios de la lucha de clases¹⁰.

Para tratar de comprender el alto grado de aceptación que tuvo la radicalidad de la doctrina comunista china frente a la propuesta de la coexistencia pacífica promulgada por la URSS, retomamos nuevamente a Deutscher, que aventura una hipótesis más sutil: para este autor, el hecho de que China Popular no haya sido el primer país que derrocó al capitalismo, le habría dotado de ciertas ventajas morales y políticas sobre la Unión Soviética. Una ventaja fundamental fue “el *impulso del espíritu revolucionario* que China logró conservar contra el mundo capitalista” (Deutscher, 1967: 25; las cursivas son nuestras). Cuando la URSS

¹⁰ Como ejemplo vale citar la postura de Jaques Mansour Verges, Secretario General del Partido Obrero Francés, que en un debate efectuado a raíz de la agudización del conflicto chino-soviético, resalta que la prioridad para todo el movimiento comunista internacional radicaba en desarrollar la lucha sobre dos frentes: 1) el fortalecimiento del movimiento obrero y 2) **el fortalecimiento de la URSS** y de los demás países que componen en campo socialista. Este autor menciona que es absolutamente normal que todos los militantes comunistas del mundo consideren que una de sus tareas principales era defender al primer Estado Socialista, puesto que aquel estaba rodeado y amenazado por el capitalismo mundial. Sin embargo, hay que resaltar que este autor también reconoce que en ocasiones, la exigencia de defender a la Unión Soviética entraba en contradicción con la necesidad de organizar y hacer triunfar la revolución en sus propios países (Mansour Verges 1967: 47).

alcanzó a consolidar el gobierno de la revolución, hacia 1932, era presa de una enorme fatiga moral y física, ocasionada tanto por las luchas internas que generó para lograr imponer el modelo burocrático comunista, cuanto por su aislamiento del mundo; “esta fatiga se expresó en el partido bolchevique con un *encogimiento ideológico* por la doctrina del socialismo en un solo país y por el egoísmo sagrado del primer Estado obrero” (Deutscher, 1967: 25; las cursivas son nuestras).

Mientras tanto China, en parte por haber sido apoyada por la URSS en momentos específicos, no sucumbió al abandono en su lucha interna por constituir un Estado comunista; hacia el período de la agudización de los conflictos con la URSS, el maoísmo todavía no padecía de un encogimiento ideológico de esa magnitud, y por lo tanto, se percibía más adelantada que la URSS, “porque estaba libre de los complejos y los traumatismos del aislamiento, porque tenía más confianza revolucionaria, más confianza en sí misma y en las fuerzas revolucionarias del mundo” (Deutscher, 1967: 26). Y fue esta cualidad, lo que dotó al maoísmo del vigor para lanzar su campaña en función de un nuevo comunismo internacionalista, que lo convirtió en una potente corriente de izquierda dentro del comunismo.

Pierre Cot complementa la hipótesis de Deutscher al observar que lo que ocurría en el trasfondo del conflicto chino-soviético, “es que cada una de las dos potencias se encontraban en diferentes fases de aplicación de la revolución” (Cot, 1967: 36). Para este autor, tenía enorme importancia el hecho de que el partido bolchevique, fuertemente influido por elementos occidentales, haya nacido bajo el signo de la industrialización, pues este hecho posibilitó su enraizamiento original en el medio obrero. El partido comunista de Mao, por su parte, estuvo desde sus orígenes ligado a la revolución campesina y dirigido por intelectuales que tenían tras sí una tradición cultural milenaria no vinculada a occidente y extraña al espíritu de la civilización industrial. Para Cot, esta divergencia determinó que los principios del marxismo se aplicaran de manera diferente en ambos países.

Finalmente un último punto de conflicto, que fue más bien el detonante de la confrontación chino-soviética tiene que ver con el proceso de des-estalinización

emprendido por el gobierno de Khrushchev, a la par que el maoísmo ratificaba la figura de Stalin como uno de los referentes ideológicos de su doctrina.

Tras la muerte de Stalin en 1953, Khrushchev asume la dirección del PCUS e inicia un proceso de des-estalinización ideológica y táctica del inmenso aparato burocrático nacional. Al parecer, este proceso se activó porque la modernización de la sociedad rusa convirtió al sistema estalinista de gobierno en un anacronismo intolerable, y en vista de que el terror y las “purgas” totalitarias llevadas a cabo por Stalin “no habían dejado subsistir ningún centro de oposición capaz de voltear el estalinismo, obligó a los mismos miembros del PCUS en el poder, a lanzar el descrédito sobre sus métodos y renunciar a su herencia” (Deutscher, 1967: 24).

Paralelamente, Mao, que en el inicio de su gobierno intentó llevar adelante un proceso de des-estalinización pero que, tras los sucesos de Hungría, inmediatamente lanzó una contra-campaña argumentando “que en China los elementos burgueses y reaccionarios, y no los socialistas, eran los beneficiarios de la des-estalinización” (Deutscher, 1967: 23), abrazando nuevamente la ortodoxia estalinista, comenzó a cuestionar a la URSS por su vigoroso impulso de des-estalinización, señalando lo nocivo de su ejemplo para los partidos comunistas internacionales¹¹.

Una consecuencia fundamental del proceso de des-estalinización emprendido por Khrushchev, es que comenzó a resquebrajarse la fachada monolítica que Stalin trató de imponer al PCUS y a todos los partidos comunistas bajo su línea. La concepción estalinista del partido monolítico implicaba que, pese a que en el interior del PCUS existían tres corrientes que abarcaban todo el espectro político, debía manejarse una fachada unidireccional; durante todo el estalinismo, la expresión abierta del desacuerdo no era tolerada. El estado posterior al estalinismo parecía en cambio ser una inversión de esta situación: un nuevo internacionalismo comunista hacia su aparición, y quebraba la costra del egoísmo

¹¹ Para Mao la guerra civil de Hungría (de 1956) se desató precisamente porque la des-estalinización emprendida en este país, lo llevó al borde de la contrarrevolución. A partir de este hecho, los maoístas identificaron los intentos de des-estalinización como posiciones revisionistas que debían ser combatidas.

nacional que se había formado mientras tanto. Al mismo tiempo toma nacimiento un fermento ideológico, una nueva tendencia a la controversia, una *nueva sed de libertad interior en el seno del partido* y de democracia socialista: pero todo esto aun sigue encerrado en los hábitos estalinistas de disciplina totalitaria; aquí, el renacimiento de la discusión se presenta para los comunistas como algo absolutamente ilegítimo; tal es así que “hasta en los casos en los que adquieren una cierta vitalidad, a estos partidos *les resulta extremadamente difícil reconciliarse con la propia realidad de su contexto social*” (Deutscher, 1967: 20, las cursivas son nuestras). Esta es una muestra de el fuerte impacto del modelo estalinista para todos los partidos comunistas.

Resonancias del maoísmo en América Latina.

Para Klaus Meschkat, la tragedia del movimiento comunista en América Latina, reside en el hecho de que se produjo el encuentro de sus líderes con la central de la revolución mundial, justamente en el momento en el cual la lucha interna por el poder en el PCS ya estaba decidido a favor de Stalin, quien había neutralizado a todos sus críticos, arrasando con la rica discusión que se producía en la Tercera Internacional hasta fines de la década del veinte. La articulación de los partidos comunistas latinoamericanos, justo en el inicio de la estalinización de la Komintern, implicó la reproducción de este proceso en los diferentes partidos comunistas de América Latina.

Posteriormente, las fuertes tensiones existentes entre los dos polos del comunismo internacional, y la irrupción de la Revolución Cubana en el escenario latinoamericano hacia fines de la década de los cincuenta, activó un gran remezón en la izquierda comunista ligada a la herencia marxista y leninista; este remezón dará origen a una “nueva izquierda”, que tenía como espíritu, el intento de renovar el ideal revolucionario al margen de los viejos partidos obreros socialistas y comunistas¹².

¹² Siguiendo a Villamizar resaltamos que, para el tema que nos ocupa, el principal impacto de la Revolución Cubana para América Latina, consistió en radicalizar a las juventudes y a las bases de los

Paloma Román Marugán (2003) nos dice que estos partidos y movimientos políticos de nueva izquierda, en sus distintas vertientes trotskistas, anarquistas, guevaristas o maoístas tenían en común un sesgo radical, que buscaba exacerbar las doctrinas comunistas tanto para reivindicar causas sectoriales como para agudizar las contradicciones del sistema. A nivel de América Latina fueron precisamente estos grupos de ruptura quienes, entre la década de los sesenta y setenta, se convirtieron en los principales portavoces de la tendencia insurgente que atravesaba el continente.

Uno de los rasgos esenciales de esta nueva izquierda latinoamericana, se remitía a su concepción de la libertad; Para estas corrientes, las libertades “burguesas” civiles y políticas, eran un resabio que obstaculizaba el proyecto revolucionario. Dentro de esta perspectiva, “libertad” implicaba *liberación nacional*, y presuponía sobre todo una ruptura radical con el orden existente, comenzando por la vida cotidiana, “puesto que la ‘vida buena’ [que buscaban] no estaba en presente *sino en el futuro*” (Archila Neira, 2008: 177, las cursivas son nuestras).

En este punto hay que resaltar, que una de las principales características de los partidos y movimientos de esta nueva izquierda, y en especial del maoísmo, se refiere a su concepción del *sujeto de la revolución*. Si bien dentro de la doctrina comunista estalinista, la concepción de la “lucha de clases” excluía toda política de alianza con los sectores progresistas de las clases medias y campesinos dueños de la tierra, en América Latina se produce un importante choque entre el ideario estaliniano y el contexto social del continente, puesto que el modelo de desarrollo de esta región, determinó que hacia el período de expansión del comunismo soviético, el proletariado industrial fuera incipiente, lo cual generó una serie de querellas internas respecto al actor “natural” al cual debería interpelar el comunismo latinoamericano y en el cual debería anclarse. Este debate determinó que a nivel general, en los partidos comunistas alineados con la Unión Soviética,

partidos de izquierda, despertando una urgencia por consolidar, *por la vía armada*, la revolución en cada uno de los países latinoamericanos.

se abandone la idea de la marcada lucha de clases para, bajo la noción de un “frente popular”, propiciar la alianza con una parte de la clase dominante: la burguesía nacional. Esto sobre todo ocurrió a partir de 1936 cuando la Komintern impulsó esta política de alianzas que se realizó en Europa y América Latina con distintos matices y resultados (Ibarra, 2012a: 13)

Las facciones maoístas por su parte, comienzan a criticar esta alianza, a la vez que condenan la burocratización de los partidos comunistas tradicionales, y su reformismo al inscribirse en la institucionalidad burguesa para lograr cambios dentro del capitalismo, con el que planteaba una coexistencia pacífica. Retomando con diferentes grados de fidelidad la experiencia China en términos de alianzas, instrumentos organizativos y prácticas culturales cotidianas, los grupos maoístas radicarón su doctrina en la definición *del campesino* como el sujeto llamado a tornar real la revolución. Desde la posición del maoísmo, la determinación del campo como el escenario principal de lucha, excluía –a diferencia de lo que ocurrió durante la Primera Revolución China- cualquier posible alianza con una burguesía nacional, planteando la *guerra popular prolongada* como la única vía para lograr el triunfo de la revolución.

La noción de guerra popular prolongada, es para Archila Neira un punto en común a las doctrinas de todos los partidos y movimientos maoístas, e “implicaba una adhesión permanente a la lucha armada como la principal forma de acción revolucionaria, *así no siempre se llevara a la práctica*” (Archila-Neira, 2008: 150 las cursivas son nuestras). Esta concepción se inscribía en el viejo dilema entre reforma y revolución, y se nutre directamente de la experiencia de la lucha popular china; en consecuencia, fue el maoísmo, por sobre el trotskismo, el guevarismo y el anarquismo, el que tomó partido por esta modalidad, generando una fórmula opuesta al modelo insurreccional soviético y al “foquismo” cubano. A su vez, la noción de guerra popular prolongada permitió perfilar de mejor manera el sujeto de la revolución, pues caló de manera profunda en los sectores de mayor influencia del maoísmo, concentrándose de una manera notable en el sector sindical de “cuello blanco” (bancarios, maestros y en general, trabajadores estatales agrupados en sindicatos de trabajadores públicos), y en el sector

estudiantil, donde en ocasiones fue la fuerza mayoritaria. También, se perfiló con gran claridad en los pobladores urbano-marginales, como vendedores ambulantes e invasores de terreno; pero con todos estos sectores el maoísmo mantuvo más bien una relación *instrumental*, pues su tarea ideológica fundamental era adelantar la guerra popular prolongada y no limitarse a las reformas (Archila Neira, 2008: 166). Este es un punto de diferenciación muy notable con los partidos comunistas pro-soviéticos, que consideraban que el “Pueblo” no estaba listo para la insurrección; por tal motivo se centraban en las luchas reivindicativas.

Una característica que parece ser común al liderazgo maoísta y en general a la “nueva izquierda” de los años sesenta y setenta es la juventud de los integrantes de sus filas; muchos jóvenes ingresaron a las filas de la nueva izquierda al calor de la agitación estudiantil de esos años, especialmente en colegios y universidades públicas, en los que se vivía un despertar reivindicativo y un fervor revolucionario estimulado por las presencia de las dictaduras militares del continente.

Siguiendo a Archila-Neira, podemos resaltar como los rasgos ideológicos, políticos y éticos más representativos del maoísmo latinoamericano, los siguientes:

1. El maoísmo tuvo una decisión clara por la lucha armada, elevándola a nivel de principio estratégico.
2. El maoísmo en América Latina trató de formar un sindicalismo “independiente”, sustentado en los 5 “anti” promulgados por su doctrina: “anti-imperialista”, “anti-electoral”, “anti-patronal”, “anti-oligárquico” y “anti-revisionista”. (Archila Neira, 2008: 169). Concomitantemente y hasta la década de los setenta, los maoístas fueron abstencionistas; con el tiempo fueron cuestionando su abstencionismo y comenzaron a acercarse a la política abierta y electoral.
3. Si el dogmatismo es un rasgo de la izquierda regida por el marxismo-leninismo, el maoísmo llevó al extremo la defensa del dogma del pensamiento de Mao: extendió el calificativo de “revisionista” a toda corriente que considerara reformista, en especial a los pro-soviéticos. Fue igualmente intransigente,

bordeando el sectarismo, con sus propios disidentes, llegando a resolver por las armas las contradicciones ideológicas.

4. Hasta casi caer en la veneración religiosa, a doctrina maoísta se aferraba al pensamiento y a la figura carismática de Mao. Ya no era solamente el culto a la personalidad practicada por el estalinismo, sino una *actitud de fe*. Por ello en el caso del maoísmo ecuatoriano es notable su distanciamiento del Partido Comunista Chino y su adscripción al maoísmo de Albania una vez ocurrida la muerte de Mao (Alexander, 1999: 121).

5. En general el maoísmo miraba al “Tercer Mundo” (y dentro de él a América Latina), como sociedades no plenamente capitalistas; como remanentes feudales. Inspirado en las tesis de Mao, Lenin y Stalin, ve obstáculos para una revolución inmediatamente socialista –como proclamaban los trotskistas y a su modo los cubanos-. Por ello, habla de la necesidad de emprender tareas de “nueva democracia” antes de pasar al socialismo como tal¹³.

6. El maoísmo reivindica una igualdad proletarizante radical: la experiencia china, especialmente durante la Revolución Cultural, intentó igualar toda la sociedad en un abstracto proletario; no fue solamente la lucha contra la burocratización, sino el intento abrupto de suprimir cualquier desigualdad derivada de la división del trabajo entre el hacer y el pensar (Alexander, 1999: 16). En la búsqueda de dicha igualdad proletarizante, el maoísmo intenta extirpar no solo los vestigios “aristocráticos feudales” sino los “burgueses capitalistas”, asociados con la forma de vivir en Occidente; esto produjo una desconfianza de toda forma de intelectualidad ligada a la tradición occidental.

7. Por la experiencia armada, tanto china como de muchos países periféricos y coloniales, el maoísmo también fue crítico de la democracia “burguesa” occidental. En cambio, reivindica *la dictadura del proletariado* que se mantenía en China. Para el maoísmo, democracia y libertad no existían en abstracto; no constituían fines, sino medios. En términos generales, para el maoísmo

¹³ La expresión “Nueva Democracia” remitía a una etapa de transición revolucionaria que debía completar las tareas burguesas –más económicas que políticas- pendientes en el Tercer Mundo, dado sus rezagos “feudales”.

“democracia” tenía un uso instrumental y se entendía más en sentido socio-económico como satisfacción de las necesidades básicas, que en el sentido político, como la vigencia de las libertades ciudadanas.

8. Derivado del “centralismo democrático” promulgado por el estalinismo, y por la propia tradición de la lucha popular china, el maoísmo asumió condiciones de clandestinidad, que se reflejaba en posiciones como la de no permitir la realización de eventos de discusión y decisión con presencia de organismos de base. En general a nivel de todas las organizaciones maoístas del continente se espaciaba notablemente el tiempo entre sus Congresos a la vez que cualquier inconformidad o cuestionamiento interno era tratado como una actividad traidora y contrarrevolucionaria.

Principales fracciones de izquierda marxista en Ecuador y el surgimiento del PCMLE.

Por todos los antecedentes expuestos, la década de los sesenta constituyó un período de profunda transformación “e incluso de *refundación*” (Arellano, 1989: 23), para la izquierda marxista ecuatoriana. Los fuertes debates entre China Popular y la Unión Soviética, sumados a la presencia progresiva de grupos insurgentes a nivel latinoamericano y a fenómenos específicos del contexto político ecuatoriano, como el clivaje regional o el débil sistema de partidos que favorecían el ejercicio de una política de tipo clientelar, abrieron encarnizados debates internos tanto en el Partido Socialista como en el Partido Comunista Ecuatoriano, ocasionando una serie de reestructuraciones y fraccionamientos que originaron tres vertientes principales que enmarcaron el accionar de la izquierda marxista en los siguientes treinta años: una vertiente *comunista tradicional* suscrita a los postulados soviéticos; una vertiente *maoísta* cuyo discurso asimilaría los principales debates del cisma chino-soviético, y una vertiente *socialista radical* que convocó a fracciones desprendidas del partido socialista tradicional así como del partido comunista, y que tenía como principal referente los sucesos de la Revolución Cubana.

Adrian Bonilla (1991) identifica una cuarta corriente, que durante la década de los sesenta transversaliza a las otras tres y que se perfila con mayor claridad durante las décadas de los setenta y ochenta: se trata de una fracción que plantea *el uso de la violencia* como la práctica política que garantizaría la transformación social. Esta vertiente se inscribirá en lo que Paola Román Marugán denominó “nuevas izquierdas radicales” y hallará su mayor representación en los sectores de las juventudes maoístas, y durante las décadas de los setenta y ochenta, se conformará también por fracciones desprendidas del Partido Comunista y del Partido Socialista; dos grupos resaltan en esta vertiente: el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) que se originó como parte de la Juventud Comunista y luego pasó a formar parte de los socialismos radicales, y el movimiento VM (Vencer o Morir) generado desde el espacio de URJE (Unión Revolucionaria de Juventudes Ecuatorianas), que terminaría disolviéndose hacia principios de los años setenta.

Los principales ejes de conflicto interno que expresaron estas vertientes, se concentraron en tres puntos de debate: 1) la posibilidad de alcanzar la transformación social por la vía electoral o por el camino de la lucha armada; 2) el diagnóstico de la situación histórica que atravesaba la nación y la función del Estado en el proceso de cambio revolucionario; y 3) el debate sobre la forma que el proceso revolucionario debería tener.

El proceso de fraccionamiento de la izquierda marxista comenzó a tornarse evidente en un clima de persecución a la tendencia comunista, producto de las políticas de intervención estadounidense desplegadas en América Latina con el fin de evitar la reproducción del fenómeno cubano (Agee, 1977: 134), y tuvo como uno de sus antecedentes formales al movimiento político URJE, formado en 1959 como un proyecto de unificación política de la Coalición de Juventudes Anti-conservadoras, que comprendía las bases del partido Comunista –que convocó esta coalición–, un sector de los liberales, un sector de las bases socialistas y algunos sectores cefepistas (que se sumaron a esta organización política en abierta desobediencia a Guevara Moreno, caudillo del CFP).

URJE fue concebido como un organismo operativo, con un alto grado de autonomía decisional respecto a la dirigencia provincial y nacional del Partido Comunista; sin embargo, siguiendo a Adrián Bonilla, *fue precisamente este grado de apertura lo que finalmente determinó la filtración y fortalecimiento interno de una veta comunista radical de tintes maoístas* que, a la vez que lograba ampliar la inserción de la izquierda marxista entre los jóvenes y estudiantes, comienza a exacerbar las inquietudes de las bases militantes dentro de los partidos comunista y socialista, en cuanto a la función que debería adoptar el partido en el momento crucial de tomar posiciones ante la Revolución Cubana.

Con la Revolución Cubana como paradigma, URJE comenzará una serie de operaciones al margen de las decisiones de la dirigencia provincial y nacional del Partido Comunista, logrando finalmente que las actividades electorales, sobre todo en las bases del partido, “fueran subordinadas a las necesidades de expresión política de solidaridad y apoyo al proceso del Caribe” (Bonilla, 1991: 63); simultáneamente, las actividades de relacionamiento internacional que URJE efectuó, vincularon a jóvenes marxistas ecuatorianos con proyectos insurreccionales que se estaban incubando en otros países de la región, fortaleciendo la tesis maoísta del internacionalismo revolucionario. Es así como la disciplina monolítica del PCE se fue resquebrajando desde la operatividad de URJE: aquella fomentó cursos de preparación político-militar fuera del partido y estimuló el fortalecimiento de contactos internacionales sin el consentimiento de las estructuras de dirección, provinciales y nacionales, del partido comunista.

Adrián Bonilla resalta tres episodios que vincularon a dirigentes comunistas relacionados con URJE, con intentos de conformación de brotes guerrilleros en el país: el caso de Rafael Echeverría y Jorge Rivadeneira, dirigentes del Comité Provincial de Pichincha del Partido Comunista, que en 1961 recibieron entrenamiento por parte de un militante argentino, Adiepo Francia, que asesoraba el proceso cubano; el caso de José María Roura, que fue interceptado en 1963 cuando traía 25.000 dólares de China, con el fin de comprar armamento, y finalmente el caso central, que para Bonilla fue el que puso al descubierto el

agitado ambiente político que se gestaba al interior del partido comunista: el intento frontal de construir un brote guerrillero, liderado por el dirigente comunista de Pichincha, Jorge Rivadeneira. Este último suceso ocurrido en abril de 1962 se conocería como “la Guerrilla del Toachi” y si bien no tuvo mayores implicaciones por cuanto fue neutralizado inmediatamente por el ejército, develó ya el fraccionamiento interno del partido comunista; efectivamente, obligados a dar explicaciones, la Directiva Nacional y el Provincial de Pichincha eludieron cualquier responsabilidad en el acto: la Dirigencia Nacional de los comunistas, porque no tenía control sobre el manejo de la política de los mandos medios del URJE, y además porque no asumía el modelo armado como política del Partido; y el Comité de Pichincha, porque aunque estaba en manos de la tendencia maoísta, tampoco asumió orgánicamente el proyecto del Toachi, “pese a que las instancias superiores y regionales del partido tenían conocimiento de lo que se estaba fraguando” (Bonilla, 1991: 65).

El episodio de la Guerrilla de Toachi se resolvió con la sanción partidaria a Jorge Rivadeneira y otros dirigentes, y la posterior separación de URJE del Partido Comunista. Esta ruptura fue el prólogo para la conformación orgánica de la corriente maoísta y de la izquierda socialista radical.

Bonilla pone en relieve cómo en la dinámica de escisión del Partido Comunista también entró en juego el clivaje regional; así, hacia el episodio mencionado, el ala más tradicional del Partido Comunista estaba localizada en la Costa, principalmente en Guayaquil, mientras que la vertiente maoísta hallaría mayores grados de concentración a nivel de la Sierra, y concretamente en la dirigencia provincial de Pichincha (Bonilla, 1991: 64). En el Congreso del Partido Comunista de 1962, la fracción maoísta asume una posición más radical y proclama la vía armada como la forma de la revolución en el Ecuador. Sin embargo, pese a levantar una gran adhesión de las bases del partido, en aquel Congreso, la gran mayoría del Comité Central es elegido de entre las filas adeptas a la dirección tradicional, que se asentaba en Guayaquil, y que tenía a Pedro Saad como su principal vocero.

Un año después, en julio de 1963 el golpe de estado militar derroca a Carlos Arosemena. La facción maoísta del Partido Comunista acusa a sus dirigentes de no haberse anticipado a este hecho y condenaron su actitud pasiva, al no encabezar las movilizaciones populares en rechazo a la dictadura militar. Esta querrela fue el detonante del fraccionamiento del Partido Comunista: el 31 de marzo de 1964 el pleno del Comité Central del Partido Comunista resuelve la reorganización del Comité Provincial de Pichincha y la expulsión de Rafael Echeverría, secretario del Comité de Pichincha y líder de la tendencia maoísta, José María Roura, César Muñoz Mantilla, Carlos Rodríguez y Jorge Arellano, todos miembros del Comité Central del Partido Comunista. Inmediatamente después de este hecho, en agosto de 1964, se funda el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE).

Según Alexander, China se mostraba renuente a ratificar al PCMLE en sus inicios, probablemente debido al hecho de que aquel presentaba tres tendencias internas representadas respectivamente por José Rafael Echeverría, Jorge Arellano y Pedro Sorroza. Finalmente, el sector encabezado por Echeverría, en 1969 fue ratificado por China como el verdadero Partido Comunista del Ecuador, pronunciamiento registrado en la Revista de Pequín y otros medios chinos (Alexander, 1999: 121).

Paralelamente a este proceso, y producto del quiebre político y discursivo marcado por URJE, se desprendieron del Partido Comunista otras facciones disidentes, de marcada tendencia filo-castrista que, a diferencia del PCMLE no contaban con una base claramente regional y tampoco resultaban ser una continuidad orgánica que incidiera profundamente en el Partido Comunista. El caso más significativo de estas corrientes es el MIR, que se conformó a partir de una disidencia de la juventud Comunista que decidió separarse del partido, desencantada por el curso de los acontecimientos y la actitud frente al tema de la Guerrilla del Toachi. Este grupo, establecido en Pichincha, tomó contacto con otra disidencia guayaquileña y con un grupo manabita filo maoísta; la organización como tal se funda en 1965.

El MIR, al igual que otras organizaciones como VM o el propio URJE canalizará las contradicciones internas del Partido Comunista y se movilizará en el terreno de la *conspiración política*. Desde mediados de la década de los setenta abrazará las tesis socialistas radicales, y proclamará la revolución como un hecho inmediato que debe cimentarse en tácticas insurreccionalistas fundadas en la forma organizativa del foco guerrillero. Esta visión lleva al MIR a intentar establecer frentes rurales, que finalmente fracasaron con el advenimiento de las dictaduras militares. Este hecho condujo finalmente a un aislamiento del MIR respecto a los sectores que pretendía cooptar, ocasionando un quiebre discursivo que lo obligó a abandonar el foquismo y el carácter militar de su organización de base. Esta figura se mantendrá únicamente a nivel de su documentación y discursos y se reproducirá en menor escala en los frentes estudiantiles universitarios durante la década de los setenta.

En cuanto al diagnóstico de la situación histórica que atravesaba la nación y la función del Estado en el proceso de cambio revolucionario, tanto el partido Comunista como el Partido Socialista concebían la formación social ecuatoriana como una estructura marcada por fuertes rasgos feudales, con un sistema político no democrático y con su actual soberanía “hipotecada al imperialismo norteamericano” (MIR, 1967: 25). El Partido Comunista defendía una táctica centrada alrededor de la constitución de un "Frente de Liberación Nacional", compuesto de *militantes* encargados de guiar la participación política de las masas a fin de crear las condiciones necesarias para la revolución, *que vendría en un segundo momento*; mantenía una visión *por etapas* de la revolución, que teóricamente organizaba las tareas de las fuerzas sociales: así, la revolución democrático-burguesa de viejo tipo daría paso a una revolución democrática de nuevo tipo dirigida por el proletariado a través de la alianza obrero-campesina, que a su vez movilizaría a todos los sectores revolucionarios y patriotas, que cumplirían el programa anti-feudal y antiimperialista, para lograr el advenimiento del comunismo (Villamizar, 1990: 16). El MIR por su parte, como se señaló más arriba, proclamaba que el momento de la revolución era el actual y que era el Pueblo armado quien debería liderar el proceso.

Por su parte, el PCMLE asumió tácitamente y sin mediación las tesis con las que Mao concebía a China pre-revolucionaria: una estructura económica-productiva semifeudal y una organización social colonial. Desde esta perspectiva, la revolución pretendida, debía ser por lo tanto antiimperialista y antifeudal. En cuanto al tiempo en que debía darse la revolución, consta en los documentos de dicho partido un énfasis permanente en situar la problemática como algo inmediato, y su solución como un hecho que dependía de la voluntad política de los portadores de esta ideología (Villamizar, 1990: 53).

Por su parte, la fracción radical del Partido Socialista, constituida luego de la división del antiguo partido con motivo de la campaña electoral de 1960, desarrolla las tesis ya expuestas por Manuel Agustín Aguirre en 1951, que definen al Ecuador como un país capitalista atrasado y dependiente, y por lo tanto a la revolución como socialista (Aguirre, 1978: 192). Esta facción adoptó el nombre de Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano (PSRE) y se desarrolló bajo el liderazgo de Manuel Agustín Aguirre, quien fue rector de la Universidad Central y fue considerado uno de los más notables ideólogos marxistas del Ecuador.

El PSRE, sin admitir directamente las tácticas insurreccionalistas, se relacionó con otras organizaciones que también son definidas como "socialismos radicales"; sin embargo, será a fines de la década de los sesenta cuando emprenda acciones subversivas como Partido. Este conjunto de acciones serán posibles porque contaba entre sus filas con militantes provenientes de URJE o de organizaciones tipo MIR, que portaron al partido este tipo de experiencias. La acción de estos militantes generó dentro del PSRE un proyecto insurgente relativamente autónomo que se denominó "El Tercer Frente", que desarrollo sus principales acciones durante los tres primeros años de la década de los setenta.

En estos años, se llevó adelante un proyecto de unidad militar entre el MIR, y el VM y el "Tercer Frente" del PSRE, cuyas direcciones, inspiradas en experiencias similares latinoamericanas, fundan el "Frente de Liberación Nacional Rumiñahui"; estructura que, con una dirección conjunta, habría ejecutado algunas acciones destinadas a levantar un movimiento guerrillero de

alcances nacionales, donde cada una de sus organizaciones constituyentes mantuviera su autonomía organizativa. Este proyecto duró solamente tres años, pero para algunos autores (Bonilla, 1991: 60; Arellano, 1989: 78), implicó un vínculo para que algunos activistas que antes pertenecían a las otras organizaciones, terminaran vinculándose al Partido Comunista.

Como se mencionó en un inicio, uno de los debates fundamentales en la escisión de la izquierda marxista en Ecuador, se remite al debate sobre *la forma que el proceso revolucionario debería tener*. De la definición de este punto dependería el tipo de organización que los marxistas construirían, la formación de su militancia, la composición de su dirigencia, el uso de sus recursos, su relación con la sociedad civil, sus relaciones internacionales y su acción política frente al Estado.

En el caso del Partido Comunista, hay varios cambios de posición, que ocurren en forma paralela a las contradicciones internas. En 1961 la posición del Partido Comunista es sumamente ambigua: mientras por una parte se plantea que la vía de las transformaciones radicales puede ser pacífica, “y que los sectores populares así como la clase obrera así lo prefieren” (Bonilla, 1991: 85), por otra parte se declara que la elección de la forma del proceso corresponde más que a los revolucionarios a las clases dominantes y se deja abierta la perspectiva de que el proyecto de revolución nacional-liberadora ocurra por medios no pacíficos.

El VII Congreso de marzo de 1962, define con claridad la vía de las transformaciones: “la transformación revolucionaria del Ecuador no puede alcanzarse por la vía pacífica, por mucho que lo deseáramos [sin embargo] esto no significa que la transformación revolucionaria pueda ser el resultado de aventuras o de acciones descabelladas sin preparación” (PCE, s.f: 5). Al mismo tiempo “el Partido Comunista resolvía utilizar todas las formas de lucha y declaraba explícitamente su intención de participar en el siguiente proceso electoral, que debió haberse llevado a cabo en 1964” (Bonilla, 1991: 85).

En septiembre de 1965 el partido comunista ratifica la línea aprobada por el VII Congreso, pero acusa al aventurerismo de los dirigentes maoístas expulsados y a una corriente ultra-izquierdista, que habrían intentado “malinterpretar las

resoluciones”. En 1968 se vuelve a insistir en el camino no pacífico, pero a la vez se legaliza un partido para la participación electoral: la Unión Democrática Popular (UDP) que participó en las elecciones de ese año.

Para Bonilla esta ambigüedad se debe, en términos generales, a que el Partido Comunista mantenía como base un discurso que todavía reivindicaba la paz, al mismo tiempo que conservaba una estructura orgánica incapaz de enfrentar inmediatamente la violencia anticomunista desatada a comienzos de la década de los sesenta, y que era producto de las políticas de intervención estadounidenses. Ante un clima agresivo en su contra y en un contexto de radicalización de la izquierda latinoamericana en función de varias corrientes internas que pregonaban la violencia, el Partido Comunista tuvo que admitir esa posibilidad, pero solamente lo hizo a nivel de discurso, no de acción u organización, lo cual propició el descontrol de las contradicciones existentes en su seno.

Por su parte, para el PCMLE la guerra y la toma de poder fueron sinónimos. Ambas, eran tareas que debían efectuarse en el presente, y, en tanto objetivo estratégico, todas las tareas del partido de una u otra manera confluían en esa dirección, en el discurso. Bonilla observa que este es el problema fundamental que aparece extensamente tratado en los documentos de este partido, a la vez que sus tesis teóricas son una translación bastante literal del pensamiento de Mao, con algunas referencias a la estructura organizativa del ejército norvietnamés:

La guerra, siendo esencialmente campesina, tiene que librarse en todo el país, los organismos del partido deberán ser concebidos como unidades de combate; el proceso, que al principio tomará la forma de la guerrilla, deberá luego desarrollar zonas liberadas para cercar las ciudades y preparar la resistencia a la intervención de tropas imperialistas (PCMLE, 1970: 154).

Con el PCMLE, este proyecto político no se implementó en las zonas rurales ecuatorianas, aunque algunos activistas fueron desplazados a China y Colombia para recibir capacitación de carácter político-militar rural; con el PCMLE más bien “su poder de fuego se probará varias veces en la violenta vida política universitaria que se dio en todo el Ecuador durante la década siguiente” (Bonilla,

1991: 89). En este punto, manejamos como supuesto que, frente a la dificultad que implicaba para las izquierdas radicales, y en especial para el maoísmo ecuatoriano, la definición del *sujeto* de su revolución, en el cual ellas pudieran anclarse y definirse, que encuentran en el movimiento estudiantil universitario una base social que permitía establecer en las universidades públicas, redes organizativas y fuentes de reclutamiento político.

CAPÍTULO 3 ESTUDIANTES, UNIVERSIDAD Y ESTADO

En la investigación para el presente estudio alcanzamos una constatación: que si bien la lucha política por el control de los espacios sociales y académicos de las universidades públicas implican un fenómeno complejo recurrente en la historia contemporánea de América Latina (Varela, 1991: 636; Ayala Mora, 1994: 60-61), no se ha constituido en un tema central de investigación para los estudios sociológicos o politológicos llevados a cabo en la Región¹⁴.

Conjeturar respecto a las causas de tal omisión en una actividad que escapa a este estudio, sin embargo, nos permitimos suponer que parte del silencio académico que se ha guardado en cuanto a los conflictos políticos dentro de la universidad pública en nuestro país, que alcanzaron en períodos álgidos proporciones de confrontación ideológica y episodios de violencia notables, se deba quizá en parte -además de, al fuerte blindaje que este espacio presenta ante cualquier tentativa de investigación sistemática-, al propio proceso de censura académica llevado a cabo al interior de la Universidad Central, una vez que el “equilibrio” determinado por la confrontación entre distintas facciones de izquierda dentro de este espacio universitario, diera paso a la hegemonía de la facción política maoísta radical FRIU-PCMLE. Este cambio determinó, según palabras de Estuardo Arellano (véase Arellano, 1989: 25-34 y el Apéndice 2 en el libro del mencionado autor), que la universidad pública entre en un período de “oscurantismo”, donde el pensamiento crítico fue censurado, perseguido y

¹⁴ Los estudios que más se acercan a este problema son los emprendidos por Aldo Solari (1968) y Juan Calos Portantiero (1978), y se trata de investigaciones completas respecto a los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Es notable sin embargo que en estos estudios se enfatice la relación del movimiento estudiantil frente al medio social y político *externo* a la universidad y el tema de la injerencia de los partidos políticos al interior de los espacios universitarios pase a un tercer plano. Los estudios que trabajan directamente el tema de los partidos políticos y los movimientos estudiantiles universitarios, se manejan en formato de ensayo y se han publicado en revistas especializadas; cabe mencionar las investigaciones de Gonzalo Varela, “El problema político de la universidad” y el trabajo de Hans Steger, “Los movimientos estudiantiles en Alemania como problema sociológico”, ambos artículos publicados en Revista Mexicana de Sociología (*volumen 33 No:1 de 1971 y volumen 31 No:4 de 1991* respectivamente).

atacado violentamente, determinando que pierda su posibilidad de constituirse en un lugar de debate y de confrontación política equilibrada.

Para comprender el fenómeno de cooptación política del movimiento estudiantil dentro de la Universidad Central del Ecuador hay que considerar en primer lugar que la universidad pública como institución, enmarca un escenario específico que no reproduce mecánicamente el escenario global. Siguiendo a Ayala Mora (1994) podemos decir que algunas razones de esa “autonomía” de la universidad respecto a la sociedad, se deben en primer lugar a que como institución alienta en términos ideológicos, procesos de ruptura, de crítica al sistema, manteniendo en consecuencia una lógica política en la cual *el desafío al poder del Estado* es una clave fundamental¹⁵. Una segunda característica específica del marco institucional de la universidad pública lo constituyen *las luchas por el poder interno*, impulsadas por los grupos de interés que se forman alrededor de las decisiones administrativas-burocráticas por la asignación de recursos y la distribución de funciones (Ayala Mora, 1994: 56). En este marco, se rastrea en el presente capítulo, los principales episodios de acción del movimiento estudiantil universitario considerando su relación con el sistema político nacional y la presencia de los partidos de izquierda en el espacio universitario, así como su protagonismo en los conflictos en torno a la educación superior, durante los cuales las demandas por la Reforma Universitaria han sido una constante. El interés de fondo subyace en la constatación de que la izquierda maoísta radical, al no lograr acceso a los espacios oficiales del campo político hasta 1978, año en que conforma su partido político MPD, concentró sus actividades en las universidades públicas y en especial en la Universidad Central, donde gestó y concentró buena parte de su clientela electoral, enarbolando como bandera de lucha y de garantía del clientelismo político sustentado al interior de la

¹⁵ Sin embargo no en todos los continentes y países los estudiantes se rebelan por las mismas causas. En el polo industrializado, durante el período que nos compete, los estudiantes se revelaban sobre todo en rechazo a la opulencia; en América Latina por su parte la movilización estudiantil fue eminentemente anti-imperialista y anti-capitalista en respuesta a situaciones de subdesarrollo y dependencia. Lo más importante de las rebeliones estudiantiles de los años sesenta es el mostrar hasta qué punto el movimiento juvenil contribuye a la creación de una nueva conciencia.

universidad, la demanda por la Segunda Reforma Universitaria y el libre ingreso a las universidades públicas.

Rastreado los principales hitos y reivindicaciones del movimiento estudiantil relacionados con la Universidad Central, ubicamos en primer lugar la década de los veinte como el momento histórico de la Primera Reforma Universitaria, que se produjo siguiendo las pautas de un proceso de cobertura latinoamericana iniciado con la Reforma de Córdoba en 1918¹⁶. En el caso de la Universidad Central, la Primera Reforma Universitaria potenció los cambios generados con el liberalismo: 1) la expulsión de la derecha clerical en el control de la Universidad Central, 2) la profundización de las funciones profesionalizantes de la Universidad por lo cual se da una amplia diversificación de unidades académicas, 3) la institucionalización de la crítica, no solamente en términos de discrepancias o disensos con el Estado sino también con el ejercicio de la agitación política; a la vez que incorpora las reformas inscritas por el movimiento estudiantil de Córdoba: 1) institucionalización de las demandas por la participación estudiantil en el gobierno de la Universidad (cogobierno), 2) la autonomía universitaria como eje fundamental de funcionamiento institucional, 3) gratuidad de la educación 4) la creación de cursos para las clases trabajadoras (extensión universitaria).

Un segundo período que enmarca la actividad del movimiento estudiantil comprende desde la década del treinta hasta inicios de los sesenta, donde la Universidad Central atraviesa por un período de estabilidad institucional que determinó el crecimiento controlado de la población estudiantil, de la planta docente y de sus recursos materiales. Esta estabilidad contrastará con la inestabilidad del Estado Central, generada por una prolongada crisis del sector exportador, con una breve situación de auge en el período bananero de los

¹⁶ El llamado movimiento de Córdoba de 1918 es considerado generalmente como el creador de la Carta Magna de las aspiraciones de los movimientos estudiantiles progresistas de las universidades latinoamericanas.

Un análisis detenido de todo el movimiento, que es imposible hacer aquí, demostraría que se trató de un fenómeno complejo, no ligado meramente a la Universidad, sino que contó con el apoyo externo de grupos políticos en ascenso: “el movimiento tuvo no solamente por objeto abrir el ingreso a la universidad a nuevos grupos, sino las posibilidades de acceso al profesorado, de ahí el hecho de que no pueda explicarse en términos de movimiento estudiantil autónomo” (Varela, 1991: 635).

cincuenta, para desembocar en una nueva situación de crisis durante la década de los sesenta.

En este período, en la Universidad Central se da un significativo alcance de las ideas de izquierda producto de una creciente influencia de los partidos Socialista (PSE) y Comunista (PCE); así, para citar un caso, de esta profunda interrelación entre la institución universitaria y los partidos en cuestión destacamos que uno de los delegados de la Asamblea Constitutiva que fundó el PSE en 1926 fue Ángel Modesto Paredes quien hacia la década de 1930 llegó a ser Rector de la Universidad Central.

Durante este período, los episodios de movilización de los estudiantes de la Universidad Central en sus demandas y discursos, irán inscribiendo la noción política marxista de “lucha de clases”, desde una plataforma conceptual que declaraba la importancia de sacar a la universidad y al sistema educativo en general de su condición de *formadoras de elites* para impulsar la *educación del pueblo* como elemento fundamental del desarrollo de la nación. Para ellos la Extensión Universitaria podría tornar efectiva esta meta. Hacia este período, el marco de la reivindicación de los derechos de la clase trabajadora, se gesta la necesidad de impulsar una Segunda Reforma Universitaria orientada a desarrollar la investigación y la teoría en correspondencia a la realidad política y social del país, superando “modelos teóricos formados en contextos sociales y políticos totalmente ajenos trasplantados por las autoridades de educación de un modo acrítico” (PCMLE, 1970: 36).

Es notable de este período la fuerte tendencia a la agremiación de los movimientos estudiantiles; en 1941 se constituyó en la Universidad de Guayaquil el Frente Estudiantil de Izquierda (FEDI) que promulgaba la urgente constitución de un organismo nacional que coordine el accionar del estudiantado universitario. Este propósito se tornó efectivo al año siguiente, con la realización de la Conferencia Nacional Constitutiva de la FEUE (Federación de Estudiantes Universitarios del Ecuador), que se llevó a cabo del 4 al 6 de diciembre de 1942 en la Universidad de Guayaquil y que contó con la asistencia de delegaciones de

las universidades estatales de Quito, Guayaquil, Cuenca y Loja. En los estatutos para la conformación de la FEUE se retoman los planteamientos de la Confederación Obrera del Guayas formulada a principios de siglo donde se declaraba que

Ante la difícil situación que atraviesa la nación, corresponde a las fuerzas progresistas entre las que se cuentan los estudiantes, agruparse por la reconstrucción nacional (...) para que la universidad ecuatoriana deje de ser un centro de formación exclusivamente profesional sin colaborar a la solución de los grandes problemas nacionales, por la defensa de la autonomía universitaria, la ampliación de la representación estudiantil (...) y por la fundación de las universidades populares cuya creación [se considera] una necesidad nacional” (Icaza 1983: 154).

Hacia 1944, se consolida institucionalmente la FEUE como la máxima instancia de representación política del estudiantado universitario a nivel nacional; para Ayala Mora, la consolidación de la FEUE constituye un hito porque con ella “adquirió carta definitiva de naturalización en el país la presencia orgánica de los partidos de izquierda en la vida universitaria (Ayala Mora, 1994: 57)¹⁷. En ese año se realiza el Primer Congreso de la FEUE, en un contexto autoritario dominado por la administración de Arroyo del Río quien meses antes había desalojado un congreso obrero y se había negado sistemáticamente a aprobar los estatutos de la FEUE¹⁸.

¹⁷ Ayala Mora señala que frente a esta realidad reaccionaron los grupos más radicales de la derecha clerical del país, que todavía mantenían una presencia individual notable como expresión política dentro de la Universidad Central, pese a haber sido desalojados de ella por el liberalismo: “su opción fue no luchar desde dentro, sino que se plantearon como objetivo la constitución de la universidad privada de carácter clerical y confesional, que se fundó en 1946; la Universidad Católica; en ella, las fuerzas de derecha encontrarían su espacio natural de expresión” (Ayala Mora, 1994: 57).

¹⁸ De las resoluciones aprobadas en este Congreso, que para Patricio Icaza (1983) constituye la verdadera Primera Reforma Universitaria, se destacan algunos puntos:

En el primer punto, referido a La posición de “Los estudiantes universitarios frente a los problemas actuales”, se detecta un reemplazo de las declaraciones excluyentes de la “clase contra clase” para sustituirla *por una alianza de clases para combatir el fascismo* (se trata de un eco de las directrices del VII Congreso de la Tercera Internacional). Sin embargo en el mismo documento, los estudiantes declaran que la lucha contra el imperialismo no se cancela; esta lucha se expresaría en el combate “contra el feudalismo, por el mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo ecuatoriano y por la incorporación del campesinado a la Nación” (FEUE 1984: 27). Para lograrlo, en el documento de la FEUE se recomienda emprender una serie de investigaciones sobre los acuciantes problemas nacionales: agrario, industrial y habitacional en pro de la defensa del capital humano.

En el segundo punto donde se realiza un “Balance de las tareas de la Universidad” se identifican las falencias de la universidad: la pobreza material, el facilismo académico de sus profesores, la indolencia

Sin bien este período marca el inicio de una fuerte presencia de la izquierda en la Universidad Central, Ayala Mora advierte que aquella influencia todavía no alcanzó los niveles de hegemonía mostrados en la década de los sesenta y setenta, pues, tanto a nivel estudiantil como docente, la presencia del liberalismo e incluso de algunos militantes de la derecha fue muy notoria; “se da una coexistencia del liberalismo como tendencia y de los partidos de izquierda como organizaciones políticas, que se refleja no solo en el control de la FEUE sino en el control mismo de toda la institución universitaria” (Ayala Mora, 1994: 56). De igual manera, es importante señalar que durante toda esta etapa, *la presencia de los partidos o la acción de dirigentes políticos dentro de las universidades se ve como algo natural que a nadie le parece condenable*: era esperable que el presidente de las juventudes liberales o un dirigente de las juventudes socialistas, pueda ser presidente de la FEUE, o que un rector universitario, afiliado al partido socialista, como Pérez Guerrero sea diputado del Congreso Nacional; del mismo modo “se veía normal que un dirigente conservador o un sacerdote ideólogo en la lucha anti-laica sea directivo de la Católica, cuyos dirigentes estudiantiles y alumnos por lo general participaban activamente de las campañas anticomunistas de la época”¹⁹ (Ayala Mora, 1994: 57).

En cuanto al contexto del movimiento estudiantil propiamente dicho, la década de los sesenta implica el inicio de un nuevo período signado por un

natural de los alumnos y la minoritaria presencia estudiantil. Para solventar este último problema, la FEUE convoca a la unidad estudiantil de todo el país alegando que esta no correspondía únicamente a las universidades sino a la educación secundaria, especial y técnica; por tal motivo, *proyectó la formación de la Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador (FESE)*.

En el tercer punto del temario, orientado hacia las “Reivindicaciones inmediatas de los estudiantes universitarios” se destaca en primer lugar *una defensa de la autonomía universitaria* la misma que permitiría a las universidades asumir “la función social y nacional que les corresponde” (FEUE 1984:56). Para que la autonomía tenga vigencia, se proponía la creación de Consejo de Educación Superior integrado por los rectores y un representante estudiantil de cada universidad. En este punto, entre otras reivindicaciones propuestas constan: el cogobierno paritario en todos los organismos universitarios, las garantías necesarias para las organizaciones estudiantiles, la asistencia libre a clases.

¹⁹ Este sesgo es detectable en autores como Patricio Icaza, quien ha dedicado buena parte de su producción a la Universidad Central; así, en su ensayo de 1994 defiende la presencia legítima de los partidos políticos de izquierda dentro del movimiento estudiantil universitario; para este autor, el proceso de degradación de la Universidad no se da por la presencia orgánica de los partidos en su interior, sino más bien por un estado de apatía política del estudiantado así como por la tendencia de las políticas de educación que intentaban convertir a la universidad pública en una institución formadora de elites especializadas.

contexto mundial que marca la irrupción de los jóvenes como sujetos políticos, particularizados en su cuestionamiento al orden imperante; los estudiantes resquebrajaron los valores del status quo de los grupos dirigentes conductores de las instituciones del Estado “que reiteraba los valores producidos en el imaginario colectivo por las victorias sobre los fascismos que detonaron la Segunda Guerra Mundial” (Pozas 2001: 186). En este contexto se consolidan los movimientos estudiantiles en todas partes del mundo, como “movimientos políticos que buscaban la apertura por vías democráticas (...) para la actividad política fuera del ámbito gubernamental” (Narváez 14/7/2012).

Los estudiantes se vuelven el actor social que emerge de lo privado a lo público, de la casa a la calle, del campus a la sociedad y a la defensa de ésta frente al Estado (Pozas, 2001: 186). Las movilizaciones sociales protagonizadas por los jóvenes durante este período, cuestionaron la legitimidad del Estado nacional, basado en el uso creciente de la fuerza policíaca y militar para la defensa de las instituciones políticas tradicionales. Significó el retorno de la utopía ante el pragmatismo político-burocrático en el que habían caído las direcciones políticas nacionales y que intencionalmente se expresaba en el nuevo equilibrio externo de la coexistencia pacífica; el individuo era impensable sin su compromiso con la sociedad.

Los movimientos estudiantiles detonan en América, Asia, Europa y Medio Oriente. En África los estudiantes formados en las universidades metropolitanas eran parte fundamental de las elites dirigentes que promovían los procesos de lucha armada por la descolonización (Pozas, 2001: 187). Se dieron fuertes movimientos estudiantiles en México, Argentina, Bolivia, Brasil, Perú, Uruguay, EEUU, Japón, Francia, Alemania, Italia, España, Polonia, Yugoslavia, Checoslovaquia y Turquía, con sus particularidades sustanciales.

En cuanto a las características de estos movimientos estudiantiles, Gabriel Careaga (1992) marca importantes distinciones entre aquellos que se desarrollaron en América Latina y los movimientos estudiantiles de los países post-industriales. En América Latina, las principales causas ideológicas de la movilización estudiantil fue el repudio al bloqueo que Estados Unidos impuso a

Cuba y la denuncia de respaldo del primero a los gobiernos golpistas en toda la región, así como las luchas contra las dictaduras imperantes. Un punto importante resaltado por Careaga, es que a partir de la década de los sesenta, la ideología del estudiante universitario en América Latina se mueve dentro de una amplia gama de corrientes radicales de izquierda; dentro de esta tendencia predominaban los marxistas con orígenes provincianos, seguidos por los liberales y finalmente los católicos (Careaga, 1992: 135).

Careaga analiza la reacción de los movimientos estudiantiles, no como reacciones individuales ante sus propias frustraciones, sino como un posicionamiento o una toma de conciencia ante las condiciones nacionales, regionales y mundiales. Así, el contexto latinoamericano de la época está marcado por sociedades víctimas de capitalismo de subdesarrollo, con niveles de consumo mínimo, con economía que sufren el impacto de la dependencia tecnológica y política, con dictaduras que inhiben la ejecución de cambios sociales de importancia para la mayoría de población. Ante esta situación, para Careaga, los estudiantes desde el punto de vista moral, tomaron conciencia de la pobreza, la miseria, la enajenación de los campesinos y obreros. Ante esta presión y frustración permanentes, los movimientos estudiantes de izquierda se radicalizan, y cada grupo se siente depositario del único modo de ser revolucionario, por lo cual se dan continuas divisiones en su seno y choques con otras organizaciones de la misma tendencia. Esta situación favoreció el empoderamiento de la dirección de la ideología estudiantil por parte de grupos provocadores (Careaga, 1992:143)²⁰.

²⁰ Careaga clasifica a los “provocadores” en tres categorías. La primera hace referencia a los provocadores surgidos de la clase media baja; su situación social crítica por lo general marca en ellos una condición de resentimiento hacia aquellos que identifican como a clase opresora. Al llegar a la universidad este tipo de agitador puede tener la necesidad de estar por encima de los demás: informa, delata y en muchas ocasiones inventa; hace creer a sus jefes de conspiraciones, agitaciones y levantamientos que muchas veces él mismo promueve. No tienen realidad política ideológica, sino que actúan por venganza de aquellos que los “marginan”, volviéndose delatores.

Hay un segundo tipo de provocador que pertenece a la clase media arribista. Estos pueden estar al servicio de un partido político o de un grupo de presión. Hacen su noviciado político probándose en el cuidado ideológico de sus jefes y de la retórica de los grupos a los que sirven a través de la denuncia a los traidores a la Patria.

Hay un tercer tipo de provocador: el súper-radical, que puede ser consciente, es decir, sabe que en realidad no quiere el cambio social sino el fascismo. Y el inconsciente: el que está actuando de buena fe, pero sus acciones en lugar de beneficiar, son contraproducentes. El provocador súper-radical tiene como

Un elemento constante de los movimientos estudiantiles de las sociedades post-industriales fue el anti-belicismo que se expresaba sobre todo en contra del intervencionismo norteamericano en la guerra de Vietnam así como la crítica a la sociedad del consumo de la cual ellos mismos formaban parte. Para Careaga, estos movimientos estudiantiles son el resultado de la crisis de la sociedad industrial; corresponden a diferentes actitudes y llegan a situarse en ideologías políticas muchas veces opuestas entre sí (Careaga, 1992: 134) estas posiciones pueden resumirse en dos tendencias: por una parte, se identificaban con problemas específicamente relacionados con la educación universitaria, con problemas pedagógicos, de autoritarismo, con cierta necesidad de crítica. Por otra parte se identificaban con problemas ideológicos, políticos y sociales, como por ejemplo la sociedad enajenada postindustrial, el subdesarrollo, en resumen, los intentos por democratizar la sociedad en su conjunto, la lucha por los derechos civiles y el derecho por la autodeterminación de los pueblos (Careaga, 1992: 134).

Careaga resalta las apreciaciones de Alain Touraine, para quien, desde sus inicios, los movimientos estudiantiles se han visto arrastrados por su empeño en salir de la universidad, establecer relaciones con los militantes obreros y llevar a cabo una acción propiamente política. En este marco, la actividad estudiantil está más dispuesta a atacar no solo al sistema social en su conjunto sino también a la universidad ya que aparece como un sinsentido y como un polo de resistencia al cambio social. Es por esto también, que para Careaga los estudiantes tienden a plantear fines políticos tan desproporcionados:

Los estudiantes tienden a desarrollar una ética de fines absolutos antes que de responsabilidades. Suelen comprometerse antes con ideales en abstracto de tipo totalizante, que con instituciones y grupos en concreto; apelan más a un radicalismo verbal que a una praxis consecuente (...) su horror a las

misión provocar acciones políticas que lleven a la desesperación, para promover la confusión, el error y sobre todo la ineficacia política, que es lo que conviene a los grupos más conservadores. Pretenden ser hijos legítimos de un proletariado al cual desconocen (Careaga 1992:146).

Para Careaga todas estas formas de “provocadores” generan modelos maniqueos de desarrollo y de política; además, son autoritarios, se consideran los verdaderos revolucionarios, los que no están contaminados por enfermedades del sistema capitalista y del oportunismo pequeño burgués. Se consideran como los únicos que pueden cambiar las cosas, por lo que desconfían de las ideas diferentes y de los intelectuales. Para Careaga, este sector hace mucho daño al pensamiento de izquierda porque en lugar de plantear los problemas desde la izquierda crítica, lo hacen desde el ocultamiento y el dogma (Careaga 1992:147).

instituciones y su desconfianza a la organización los hace muchas veces aparecer como anarquistas. Por otra parte en el movimiento estudiantil mundial han surgido multitud de ideologías y de actitudes políticas que hacen que nunca lleguen a ponerse de acuerdo dando por resultado el anarquismo el sectarismo o el fracaso político y a veces la desesperación política” (Careaga 1992:135)

El marco general mundial estaba determinado por el agotamiento del modelo socioeconómico primario exportador, punto de inicio de una larga crisis social, en un contexto internacional de ascenso de los movimientos de liberación nacional, de avance de la insurgencia y de un triunfo ideológico de las posiciones rupturistas frente al Estado, que repercutió en las universidades de todo el mundo adquiriendo un tinte más radical en las universidades latinoamericanas. En este marco beligerante, en nuestro país, el 11 de julio de 1963 la Junta Militar que derrocó a Carlos Arosemena Monroy, declara fuera de ley al comunismo. Esta declaración conllevó una serie de medidas específicamente represivas que implicaron una fuerte persecución a la izquierda, al movimiento sindical (concentrado en la CTE que debió pasar a la clandestinidad) y una sistemática agresión a las universidades públicas²¹

En el caso de la Universidad Central esta presión externa, agudizada tanto por las divisiones sufridas por los partidos socialista y comunista, descritos en el capítulo anterior, como por la presión de las demandas de ingreso gestada por el

²¹ Hay que resaltar que, pocos días antes del pronunciamiento militar, la Universidad Central convocó a una reunión de autoridades de universidades estatales con el objeto de definir los objetivos de las universidades ecuatorianas; en dicha reunión se ratificó su compromiso social, científico, político y cultural, así como la necesidad de que las universidades investiguen y actúen directamente sobre la realidad específica del país alejándose de los modelos teóricos foráneos, asumiendo como deber impostergable impulsar la Extensión Universitaria y la organización de las universidades populares que divulguen los conocimientos científicos, artísticos, técnicos y culturales entre el pueblo y las clases trabajadoras. Según Icaza, esta postura de las universidades estatales propició una marcada hostilidad del gobierno militar contra las mismas. De inmediato se ordena la reorganización de las universidades de Guayaquil y Loja y a continuación, la reorganización de la Universidad Central, donde se destituye a sus autoridades y a 270 profesores acusados de “comunistas” al mismo tiempo que se decretaba que “no pueden ser nombrados como profesores, funcionarios ni empleados de la Universidad quienes militen en partidos políticos declarados fuera de la ley” (Icaza 1983: 162).

Ante las olas de protestas generadas por estas medidas, la Junta Militar decretó la clausura de la Universidad Central el 30 de enero de 1964. Continuó con la expedición de una nueva Ley de Educación Superior que fue calificada por la FEUE y la Unión de Educadores como “la carta negra de la esclavitud universitaria” por su carácter represivo y excluyente, y con la designación de profesores y autoridades por los militares, “en medio de una profunda reorganización que asociaba a los centros de educación superior con una línea apolítica” (Icaza 1983: 162).

crecimiento de la tasa de matrícula a nivel de bachillerato en todo el país, debido al incremento de la clase media, provoca una crisis del modelo de universidad liberal vigente, colapsando el crecimiento controlado que mantenía en décadas anteriores. La posibilidad de ser un espacio de coexistencia de diversas fuerzas políticas termina y entra en un proceso en el cual la demanda por la Segunda Reforma Universitaria se transforma en la consigna²².

Efectivamente, hacia 1967 la Juventud Socialista a través de su brazo universitario FIU hizo un llamado hacia la priorización de la Reforma Universitaria que fue ratificada en el I Seminario de Reforma Universitaria organizado por la FEUE en 1968. En este seminario se ratificó el compromiso social de las universidades públicas y su lucha contra la mediocridad en la Enseñanza Superior. Estas demandas no provenían solo del estudiantado sino desde el profesorado donde un grupo autoproclamado como renovador de la docencia universitaria y vinculado a la “Unión Democrática de Profesores” postula a Manuel Agustín Aguirre para el rectorado de la Universidad Central.

Manuel Agustín Aguirre en su discurso de posesión recalcó el papel de la universidad no como un instrumento de perpetuación del orden social vigente sino como un agente de transformación; también, propuso ampliar y enriquecer

²² El nutrido incremento de la clase media ente la década de los cincuenta y la década de los setenta es clave para comprender el cambio de escenario ocurrido al interior del sistema de educación superior. Las clases altas pierden su hegemonía sobre aquel y pasa al dominio de las clases medias, como un mecanismo que asegura el ascenso social de sus integrantes. Así, Hernán Ibarra (2008) en base a un estudio de CEPAL nos muestra la diversificación del sector ocupacional no vinculado al trabajo manual: empleadores, gerentes, profesionales independientes, profesionales dependientes cuenta propia en comercio, oficinistas, vendedores y similares. Se estableció un importante crecimiento de los sectores altos y medios; estos pasaron de 10.5% en 1950 al 15.0% en 1960 y al 18.7% en 1970.

Esta casi duplicación de los sectores medios en un par de décadas es congruente con el desarrollo de la intervención del Estado que amplió el empleo público y permitió la aparición de nuevos sectores burocráticos con mayor especialización. Como sostuvo Tourine, en América Latina ' la clase media está definida por su relación con el Estado y como agente de información, integración y control de un modelo nacional de desarrollo especialmente en la fase central de la evolución' (...) la modernización de la época petrolera implicó una nueva expansión del empleo público y también de crecimiento de sectores medios de la actividad empresarial. Tomando los censos de 1962, 1974 y 1982, se estableció que los sectores medios como proporción de la PEA, habían evolucionado del 14.1% (1962) al 18.8% (1974) hasta alcanzar el 24.0% (1982). Esto indica claramente que los sectores medios siguieron creciendo en la década de los setenta. (Ibarra, 2008: 55).

los Acuerdos de Córdoba (autonomía universitaria, cogobierno, libertad de cátedra, Extensión Universitaria) y abogó por la necesidad de emprender una segunda Reforma Universitaria que acentúe la función social de la universidad pública integrándola a los problemas del país, promoviendo la institucionalización de la crítica académica y estableciendo la pluri-disciplinariedad en el estudio y la investigación (Aguirre, 1978: 193).

En 1968 triunfó en las elecciones José María Velasco Ibarra dando lugar al Quinto Velasquismo. Entre 1968 y 1970 se produjeron intensas movilizaciones estudiantiles en todo el país, cuya mayor conquista fue la supresión del examen de ingreso a las universidades públicas que tuvo como efecto un impresionante crecimiento de la población estudiantil.

La Segunda Reforma Universitaria impulsada durante el rectorado de Manuel Agustín Aguirre, fue violentamente suspendida a raíz de la clausura de las universidades públicas ordenada por Velasco Ibarra de 1970. Ante la imposibilidad de su aplicación integral fue mutilándose en la década posterior hasta el límite de que luego no se entendía más que como la simple eliminación de los exámenes de ingreso. Las facciones estudiantiles de izquierda radical, y en especial del sector de los estudiantes secundarios a través de la FESE (Federación de Estudiantes Secundarios del Ecuador) tuvieron un papel preponderante en la simplificación del carácter de la Segunda Reforma hasta reducirla a la supresión de los exámenes de ingreso, pues se interpretaba aquellos como un filtro “manejado por la mafia liberal enquistada todavía en las universidades públicas, que perpetuaba la injusticia social” (Ramón, entrevista, 3/01/2013).

En este proceso, es interesante resaltar la postura de autores como Patricio Icaza (1983), que en su recuento del período narra que frente a la actitud de los jóvenes secundarios, que fueron los de mayor beligerancia, comenzaron a formarse grupos “paramilitares” de sectores de la burguesía dentro de la universidad, “hijos de burgueses” que, formaron verdaderas pandillas que procedían a secuestrar a bachilleres a los que maltrataban y obligaban a abandonar sus reclamos, con el argumento de que la universidad no era para todos; sin embargo “se fue generando todo un movimiento de jóvenes secundarios

que con una *buena actitud de combate* realizaron una serie de acciones: desde secuestrar a las autoridades universitarias, hasta enfrentar a los grupos paramilitares organizados por sectores de derecha” (Icaza, 1983: 57. Las cursivas son nuestras).

“Buenas acciones” como estas proliferaron con el paso de la década en un contexto cada vez más violento en el relacionamiento Universidad-Estado; se formaron o crecieron grupos insurreccionales independientes o integrantes de los partidos, y allí se afianzaron los sectores radicales que protagonizaron la división de los partidos históricos de izquierda; entre ellos el Partido Socialista Revolucionario (PSRE) protagonista de la ruptura del Partido Socialista Ecuatoriano, y que reivindicó la tradición radical de partido adoptando una línea de corte castrista. Fue uno de los más importantes protagonistas del movimiento estudiantil a través de su facción FIU y tuvo también gran presencia en el cuerpo docente. Ocurrió de igual manera con las dos facciones formadas de la escisión del Partido Comunista, la línea oficial vinculada a la línea trazada por la Unión Soviética (el PCE) y el PCMLE que en sus inicios mantuvo fuertes lazos de diálogo con Cuba y bajo su paradigma, comenzó a generar una fuerte incidencia en la formación de organizaciones laborales y estudiantiles, “alcanzando hacia mediados de 1960 el control del sector estudiantil” (Alexander, 1999: 120).

Sin embargo era la FEUE -que desde sus inicios constituía el espacio de alternabilidad del poder entre los liberales y los comunistas-, el escenario de disputa de las facciones pro-soviéticas, maoístas y del socialismo castrista. Esta confrontación se cancelará en el Congreso de la FEUE de noviembre de 1968, donde su dirigencia proclama su adhesión a la tendencia por-china; a partir de ahí los maoístas ocuparon puestos clave dentro de esta organización con notable resistencia por parte de las bases de las FEUE (Alexander, 1999: 121).

La captación de la FESE por parte del PCMLE se dio en un proceso simultáneo, precisamente “por la sintonización del partido con las aspiraciones del bachillerato de la clase media nacional que buscaba acceder a un espacio de profesionalización en las universidades públicas” (Ramón, entrevista 3/01/2013); precisamente uno de los factores que catapultó el engarce del PCMLE con los

sectores mayoritarios de la población estudiantil de las universidades públicas, fue la movilización por la supresión de los exámenes de ingreso²³.

En febrero de 1976, Camilo Mena fue electo Rector de la Universidad Central, tras derrotar con una mínima diferencia a Manuel Agustín Aguirre. Mena fue el candidato de una coalición articulada por el PCMLE. El triunfo de Mena significó la consolidación del maoísmo en la Universidad Central y el eclipse de Manuel Agustín Aguirre como una figura que había representado la tradición intelectual de la izquierda radical, puesto que él había sostenido públicamente su preferencia por el camino insurreccional y su distancia con la democracia representativa.

Con todo esto, entre finales de los sesenta y mediados de la década de los setenta se produce al interior de la Universidad Central el debilitamiento de las tendencias de izquierda que disputaban el campo, a raíz de un predominio hegemónico del PCMLE y sus frentes de acción política universitaria. En este punto, Ayala Mora plantea una aseveración que refuerza nuestra hipótesis: señala que uno de los factores que consolidaron el poder del PCMLE en el espacio universitario, es el de su imbricación real con intereses burocráticos internos a la Universidad, para los cuales la mantención del poder clientelar es lo que contaba. Ante el desgaste de los partidos y los frentes políticos internos vinculados a la izquierda, se fue dado una preponderancia de los intereses de los grupos gremiales y burocráticos para los cuales, el componente de poder interno predominó sobre intereses ideológicos: “es así como la Universidad se mantuvo como un instrumento de sostenimiento del aparato partidario, pasando a segundo o tercer

²³ La supresión de los exámenes de ingreso se consolidó en la Universidad Central del Ecuador en 1969. A partir de este año la tasa de matriculación estudiantil se disparó exponencialmente; así, en 1961 se registraron en todas las universidades ecuatorianas 9361 estudiantes matriculados frente a 19600 en 1968 (Instituto de Investigaciones Económicas 1971: 38). De igual manera, entre los años lectivos 1968-69 y 1969-70, el número de estudiantes matriculados en la Universidad Central pasó de 7958 a 11820. Pero el crecimiento explosivo ocurrió en la década del setenta: de 19175 alumnos matriculados en 1972-73 se llegó a 54000 en 1977 (Instituto de Investigaciones Económicas 1978). Aunque la cifra del año 1977 parece estar sobredimensionada, se trató de un alto crecimiento que obligó a crear muchos puestos de profesores y empleados junto a la ampliación de la infraestructura física.

plano el rol en la formación política y reproducción ideológica, adjudicado en la retórica repetida hasta el agotamiento” (Ayala Mora, 1994: 62).

En el capítulo final, pondremos atención a los mecanismos que generaron la hegemonía del FRIU-PCMLE en la FEUE y a través de ella en todo el espacio universitario, puesto que sus prácticas monolíticas convirtieron a la Universidad Central, en una institución donde las actividades académicas quedaron subordinadas a concepciones políticas que pusieron en segundo plano su rol en el desarrollo del conocimiento y la formación profesional.

CAPÍTULO 4.

LA UNIVERSIDAD PÚBLICA COMO ESPACIO DE CONSOLIDACIÓN POLÍTICA

Como se mencionó en el capítulo precedente, entre la década de los sesenta y setenta se produce una presencia mayoritaria de corrientes de izquierda en los espacios de las universidades públicas ecuatorianas -y concretamente en la Universidad Central-, que buscaban por una parte “confrontar a los partidos comunistas y socialistas tradicionales, y por otra, impulsar un proceso de adherencia del movimiento estudiantil universitario hacia la lucha armada, bajo el paradigma de la Lucha Popular” (Ortega, entrevista 3/8/2012)²⁴.

En este escenario, el PCMLE -que ya hacia 1978 ingresa formalmente a la contienda electoral, al conformar su partido político MPD- disputó el campo de la Universidad Central con el partido Socialista Revolucionario (a través del FIU), el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y con el Partido Comunista, hasta que finalmente, hacia finales de la década del sesenta alcanzó la hegemonía, en gran medida “gracias al proceso de penetración en los gobiernos estudiantiles de las facultades con mayor número de estudiantes llevado a cabo por su frente político estudiantil FRIU y a la conquista de la FEUE” (Narváez, entrevista

²⁴ En la década del setenta surgen nuevas agrupaciones de izquierda radical. En 1972 se funda el Movimiento Revolucionario de Izquierda Cristiana (MRIC) sustentado en tendencias progresistas del cristianismo. Hacia 1975 aparece el Movimiento Segunda Independencia liderado por Jaime Galarza cuyo fundamento es el nacionalismo de izquierda.

A diferencia de otros países de América Latina, el trotskismo llegó tardíamente al Ecuador; el Movimiento Revolucionario de los Trabajadores (MRT) creado en 1977 tuvo a su interior una corriente trotskista; una organización trotskista alineada con la llamada fracción “bolchevique” de la IV Internacional fue el Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST) gestado en 1978; un núcleo de disidentes del PCMLE creó la Alianza Unitaria Proletaria (AUP) en 1978 (Ibarra entrevista 8/01/2013). También en 1978 el PSRE se encontraba escindido en dos fracciones rivales enfrascadas en una lucha burocrática por la dirección del partido y no a una lucha de contenido ideológico-político. Un año después, el viraje del PCMLE hacia las tesis de Albania, produce una escisión pequeña, la Liga Comunista Revolucionaria, organización que persistía en el sostenimiento de las posiciones del Partido Comunista Chino (Ibarra, 1980: 18).

Las condiciones concretas de todas estas corrientes surgen, por una parte, debido al fracaso del foquismo en América Latina y por otra parte, porque el movimiento estudiantil, “que llegó a considerar hasta inicios de la década de los setenta que un proceso revolucionario se hallaba a la vuelta de la esquina y que los estudiantes se habían convertido en la vanguardia de la revolución, también entró en crisis cuando las posibilidades de ascenso social de la pequeña burguesía se vieron multiplicadas por la expansión del aparato del Estado y de la economía en general durante la bonanza petrolera” (Ibarra, 1980:18).

4/7/2012), por “la conquista de las Asociaciones Escuela en las facultades más grandes de la Universidad Central: Jurisprudencia, Filosofía, Arquitectura, Ingeniería y las extensiones de Riobamba, Imbabura y Ambato” (Ramón entrevista 3/01/2013) y “por las acciones de hostigamiento hacia profesores, directivos y autoridades de tendencia ideológica contraria” (Chávez, entrevista 25/7/2012).

Complementando las aseveración emitidas por nuestros entrevistados citados en el párrafo anterior, sostenemos que los dispositivos que hicieron posible el despliegue y fortalecimiento del poder político del partido PCMLE dentro de los espacios de la Universidad Central del Ecuador, y que garantizaron y sostuvieron un proceso de neutralización de las redes sociales y fuerzas políticas estudiantiles universitarias adversas a las orientaciones ideológicas e intereses de este partido, a la vez que consolidaron una dinámica de reclutamiento de bases estudiantiles para el fortalecimiento de su poder político, se deben también, y sobre todo, a *la estructura organizativa* que aquel adquirió, sumado a un proceso de adoctrinamiento ideológico que consolidó la construcción de sujetos fuertemente comprometidos con el Marxismo Leninismo hasta sus últimas consecuencias. Ambas variables se corresponden a lo de Duverger señalaba como “medios organizacionales” y “estructuras articuladoras”, respectivamente.

Efectivamente, el trabajo de campo me permitió constatar que, a diferencia de lo que planteaba en un comienzo, las células constituyen una estructura central, y no marginal, dentro de la forma organizativa adoptada por el PCMLE, tanto en su frente universitario como en su frente laboral. Así, según testimonio de los militantes entrevistados, las células constituían el primer espacio de captación, sujeción, adoctrinamiento y disciplina de nuevos cuadros, a través de actividades de discusión de la realidad nacional, estudio de la doctrina y finalmente distribución de actividades específicas para el “bien del partido” según las inclinaciones y habilidades de cada miembro de la célula.

Cada célula estaba conformada por un aproximado de cuatro personas, más el dirigente-creador de la célula que a su vez pertenecía a otra célula. Esta distribución inicial era muy útil para consolidar el poder de cooptación de la

estructura organizativa puesto que el dirigente de una célula al estar supeditado a las disposiciones del dirigente de la célula a la cual pertenecía, y de aquel a las disposiciones del Comité Central del partido, creaba una cadena de conexión de mando que tornaba incuestionable las decisiones emitidas desde las esferas superiores.

En este punto, y en base a información recogida en las entrevistas, constatamos que toda estrategia de captación es fundamental para generar un mayor compromiso y disciplina del militante, y que esta estrategia está asentada en la estructura. Así las células “de captación” tienen un carácter más restringido: en ella sus integrantes se conocen únicamente por seudónimos y es solamente el dirigente de la célula quien conoce sus verdaderos nombres y el modo de contactarlos; al parecer esta distancia entre los miembros se va salvando conforme su proceso de formación dentro de la célula tiene más peso, y pasan a una segunda fase donde adquieren más responsabilidades y movilidad dentro del partido.

El proceso de captación se daba en tres frentes principalmente: “en situaciones de descontento popular (caso de la conformación de las células del Frente Laboral), mediante la captación de cuadros de entre los estudiantes secundarios de los grandes colegios fiscales [Odilo Aguilar, Manuel María Sánchez y Mejía] y en las universidades públicas, a través de 'grupos de estudio'” (Narváez, entrevista 14/7/2012).

Las cualidades que apreciaban los dirigentes-creadores de células para reclutar a los integrantes de una célula eran las de ser un buen “combatiente popular”, es decir: “militancia comprometida, capacidad de liderazgo, comportamiento 'valeroso', facilidad para el discurso, lealtad a toda prueba y discreción” (Narváez, entrevista 14/7/2012).

Ya en la célula, el dirigente comenzaba el adoctrinamiento generando un debate sobre la situación política actual e introduciendo en ello algunos elementos de la lógica marxista de la lucha de clases y el sistema de opresión capitalista; luego se avanzaba con la lectura de los textos fundamentales, como el Manifiesto Comunista, y algunas obras de Lenin, Stalin y Mao (Ortega, entrevista 3/8/2012).

A continuación y para dar cuenta de la estructura del PCMLE en la Universidad Central del Ecuador, seguimos la descripción hecha por Galo Ramón: el PCMLE tenía una estructura orgánica clandestina leninista; estaba conformado por un Comité Central, Comités Provinciales, un Comité Universitario y un Comité por cada una de las facultades, de manera que había una estructura vertical teóricamente secreta –aunque la conocían todos- que se enganchaba desde el Comité a la base. Tenían células que funcionaban en cada una de las escuelas y cada una tenía nombres combativos y un funcionamiento regular; cada una de las células ya especializadas del PCMLE tenían un secretario político, un secretario militar, un encargado de propaganda y un encargado de las finanzas, cada célula era teóricamente autosuficiente.

Una persona de esa célula pasaba a la célula inmediatamente superior, que era el Comité de Escuela y se conformaba por personas de distintas células. El Comité de Escuela se enganchaba a su vez con el Comité Universitario y este con el Comité Provincial; el Comité Provincial respondía al Comité Central, que a su vez tenía un comité más especializado que era el Buró Político. Esta distribución comprendía los preceptos de una estructura leninista fuertemente jerarquizada, selecta y secreta (así era definida por el Partido).

Sin embargo, y ya que se trataba de una estructura secreta, para trabajar de cara a la sociedad, necesitaba formar frentes políticos visibles, que respondieran a cada sector; así, el PCMLE tenía dos frentes políticos para los estudiantes, que eran el FRIU y la FESE, un frente político para la clase obrera, un frente político para los sectores del subproletariado, un Frente de Mujeres (AFU), un frente de Maestros y un frente de Campesinos. Dadas las características del PCMLE en la época, la mayoría de sus militantes estaban en el frente estudiantil y en el de maestros; tenía menos fuerza en el sector obrero y mucha menos fuerza en el sector campesino. Esta correlación de pesos dependía de la provincia (Ramón, entrevista 3/01/2013)²⁵.

²⁵ Hernán Ibarra (07/05/2013) efectúa una apreciación fundamental: al mismo tiempo que el PCMLE se afianzaba en la FEUE y la UNE, se encontraba con un ambiente hostil en otros sectores sociales donde estaban presentes corrientes de izquierda antagónicas al maoísmo. Tal es así que mientras en 1976 era

Partiendo de esta consideración retomamos una contundente precisión efectuada por Patricio Moncayo que afirma que la hegemonía del PCMLE en los espacios universitarios se efectuó precisamente *por una decisión política y táctica de Rafael Echeverría*, que, ante la poca respuesta de los sectores campesinos al llamado revolucionario, la falta de un proletariado industrial que posibilite la revolución y “el analfabetismo ideológico” de los partidos políticos de la época, decidió trabajar organizativamente por captar las universidades públicas de país como parte de un proyecto de articulación dentro de la propia estructura del PCMLE, como plataforma de lucha contra la dictadura militar y como un crisol que posibilitara la reivindicación *nacionalista* contra el imperialismo norteamericano (Moncayo, entrevista 18/8/2012).

Un punto importante que hay que resaltar es que en cuanto al FRIU, su dirigencia (Primer, Segundo y Tercer Secretarios) eran designados por el Comité Central del Partido, pero a su vez, esta directiva designada debía ganar ante el movimiento estudiantil (Ramón, entrevista 3/01/2013); esto demuestra la interrelación orgánica entre la vida del movimiento estudiantil y la vida del partido.

Si bien el proceso de captación y formación de los cuadros estudiantiles del PCMLE solo alcanza a vislumbrarse en su complejidad en lo anteriormente

electo Camilo Mena y se consolidaba la presencia maoísta en la Universidad Central, se producía una pérdida de influencia del PCMLE entre los sectores laborales, sector ocupado históricamente por socialistas y comunistas. Sin embargo, el PCMLE, a través de un frente sindical se hizo presente entre los trabajadores industriales y de los servicios públicos con relativo éxito. La Federación de Trabajadores de Pichincha (FTP) tuvo en su dirección a sindicalistas afines al PCMLE en 1974 luego de un Congreso de la federación cuando en una alianza con el Partido Comunista derrotaron a la tendencia articulada por el PSRE. Pero el crecimiento de organismos laborales vinculados al PCMLE fue visto con mucha preocupación por otros sectores de izquierda, de modo que apareció un frente anti maoísta donde el PC y el PSRE impidieron que el PCMLE mantenga su presencia en la FTP. Finalmente, en 1977, un Congreso de la CTE expulsó de sus filas a los sectores sindicales influidos por el PCMLE, quienes terminarían fundando en 1982 la Unión General de Trabajadores del Ecuador, UGTE (Ibarra 7/05/2013).

En cuanto al frente popular urbano, el PCMLE propició una estrategia de crecimiento de aquel con una organización dedicada a la reivindicación de la vivienda. En Quito es relevante el papel del Comité del Pueblo, creado en 1971. Esta organización popular mantuvo una presencia beligerante en las calles y finalmente obtuvo terrenos urbanizables en el norte de Quito gracias a la lotización de una hacienda, a mediados de la década del setenta. Sus dirigentes eran experimentados militantes del PCMLE, entre ellos, Carlos Rodríguez Paredes, quien también se desempeñaba como profesor de la Universidad Central (Bravo 1980). El Comité del Pueblo desplegó también su presencia en contiendas estudiantiles como fuerza de respaldo a las candidaturas apoyadas por el FRIU.

mencionado es importante resaltar que durante todo este proceso de captación, que era permanente en la vida de un militante, se exigía en todo momento su compromiso en la asimilación de todos los lineamientos del marxismo leninismo, y una fuerte disciplina en todos los aspectos de su vida, reforzada por la construcción mítica de sus héroes estudiantiles, periclitados en episodios de enfrentamiento con las consecutivas dictaduras militares y civiles; figura paradigmática del militante, lo constituía Milton Reyes, presidente de la FEUE por el FRIU, asesinado en 1970; de Reyes se desprende la frase que marcará la tónica de la militancia del PCMLE durante los 20 años siguientes “Luchar y estudiar junto al Pueblo por la Revolución” (*En Marcha*, 1980)²⁶.

Parte de la férrea autodisciplina interna, que sostenemos, constituye uno de los puntales de la hegemonía del PCMLE en espacios como los de la Universidad Central, se condensan en la siguiente cita:

Los miembros del PCMLE que prometemos dedicar nuestra vida a la causa de la liberación social y nacional, del socialismo y el comunismo, antepone los intereses del partido y la revolución a los personales (...) debemos llevar una vida honesta y ser laboriosos, estudiar con tenacidad y luchar real y abnegadamente por los intereses de la nación. Trabajar con audacia por la organización de la clase obrera y las amplias masas, cumplir las tareas del partido venciendo todas las dificultades. La revolución es la causa, se propone transformar al hombre, creando un hombre nuevo, distinto al que ha formado la mezquindad y el egoísmo burgués (Estatuto PCMLE y Guía de Reclutamiento, 1991: 16).

Cito este párrafo porque condensa el núcleo duro de la doctrina del PCMLE, que se repite constantemente en los documentos utilizados por el partido, y se constata en los discursos y proclamas del período. En esta breve exposición, estoy constatando que *medios organizacionales* y *estructuras articuladoras* se imbrican

²⁶ Milton Reyes nació en Riobamba en 1937 dentro del ambiente de una familia terrateniente. Fue dirigente estudiantil desde su etapa en el colegio Maldonado de Riobamba cuando participó en la formación de URJE (Reyes, 2011: 161). Participó en la formación del PCMLE y fue presidente de la FEUE para el período 1969-1970, año de su asesinato. Inmediatamente después de su muerte se convirtió en un ícono como héroe revolucionario; su muerte desató un ataque virulento al velasquismo por parte de todas las universidades públicas a nivel nacional. Públicamente se declaró a Velasco Ibarra como “enemigo declarado de la clase estudiantil” (comunicado de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Cuenca citado por Reyes 2011: 243).

en esta caso, pues las “sesiones de estudio” en las células y la fuerte disciplina interna aplicada por la estructura del partido produce una suerte de *convicción profunda* en el militante, que va quizá más allá de la ideología del marxismo leninismo, y es posiblemente esta convicción lo que fortalece toda la estructura convirtiendo al PCMLE en un *maquinaria “carismática”* de cooptación de bases y formación de cuadros.

Pensamos que esta constatación es fundamental, porque nos permite superar una visión inicial que miraba el proceso de adoctrinamiento del PCMLE como un proceso de alienación neto. Pero sin llegar a afirmar lo contrario, constatamos que la estructura organizativa desplegada por el partido, los sistemas de alianzas que generaron en el espacio universitario y las articulaciones ideológicas que circulan en todo este entramado, en el caso que estamos estudiando, constituyeron los elementos sustanciales de articulación y construcción de una fuerte identidad política colectiva al interior de los sectores cooptados en la Universidad Central²⁷.

Parte importante de esta estructura, lo constituye el llamado “centralismo democrático”, que según los ex-militantes estudiantiles del PCMLE entrevistados, constituirían el núcleo de la estructura leninista de organización (Chávez, entrevista 25/7/2012), esto significaba “centralismo sobre la base de la democracia, y democracia bajo una dirección centralizada”. Como organización centralizada, el PCMLE no admitía direcciones paralelas, ni reconocía en su interior fracciones de ninguna clase. Como organización democrática, establecía la igualdad de deberes y derechos para todos los miembros, la elección a todos los niveles, la revocatoria del mandato, la constante información y consulta a la base por parte de los organismos superiores, el derecho a criticar y hacer sugerencias a dichos organismos y a los dirigentes individualmente, utilizando los canales correspondientes [no se especifican cuáles]” (Chávez, entrevista 25/7/2012).

²⁷ Aunque consideramos que esta matriz moral comunista es fundamental para explicar la hegemonía del PCMLE en la Universidad Central durante el período estudiado, recogemos también la observación de nuestro asesor de tesis, que señala que esta matriz moral es común a otros partidos y movimientos de izquierda marxista que disputaban el espacio universitario, y que implicaban los mismos mecanismos de crítica y autocrítica que permiten ajustar y regular las conductas de los militantes (Ibarra, 16/8/2012).

La estructura planteada por el principio del “centralismo democrático” determina que sus distintos comités (conformados por cuadros seleccionados luego de su proceso de “formación” en las escuelas) se articulen bajo un Comité Central. Esto implica la conformación de una jerarquía y una burocracia interna más fuertes, que siempre responderían al organismo central del partido.

Algo difícil de detectar en el presente trabajo investigativo referente a esta estructura jerárquica, es el comportamiento de las élites y su influencia en la estructura organizativa, pues en las entrevistas efectuadas, el papel de las dirigencias se extrapolan a un segundo plano de importancia, por detrás de la propia estructura del partido y su ideología: un punto importante que se resalta es el papel de los altos mandos en la “protección” del partido contra influencias nocivas externas o internas que pudieran generar el riesgo de un fraccionamiento interno. Y es este fin último de proteger el partido lo que, inferimos, justificaría un accionar violento y antidemocrático dentro del mismo.

Ante la pregunta por el papel de las élites del PCMLE, tuvimos sin embargo una clara respuesta de Galo Ramón, que vincula la acción de un grupo enquistado en la élite del partido, con el proceso de debilitamiento por el cual atravesó este partido desde inicios de la década de los ochenta. Según Ramón, parte de la lucha por el poder en la Universidad Central se orientaba a conseguir los Decanatos y Rectorados, porque esa posición permitía al partido incorporar a sus militantes en el sector del profesorado y en el sector de los trabajadores universitarios. El ejercicio del poder implicaba entonces la reproducción de este poder; sin embargo este ejercicio fue corrompiendo a un pequeño sector dentro del Comité Central, *que comenzó a vivir del partido*, erigiéndose en una burocracia retrógrada que perseguía únicamente la mantención de sus intereses...y fue finalmente esta pequeña burocracia inserta en la élite del partido la que generó el cisma interno al expulsar de sus filas a los grupos más progresistas de sus pensadores (Moncayo, entrevista 18/8/2012) y (Ramón, entrevista 3/01/2013) y fue la que finalmente adoptó la política de persecución contra cualquier forma de pensamiento que implicara una disidencia o una competencia para sus propios cargos y legitimidad.

Esta acción del pequeño grupo de “burócratas del partido” tuvo una fuerte resonancia en toda la estructura del PCMLE quizá por la condición de hostilidad que rodea la conformación de un partido comunista clandestino, y que Deutscher (1975) señala al remitirse a la condición fundante de los partidos comunistas en general, pues se trata de organizaciones que fueron creadas en condiciones de persecución política; y es precisamente esta condición la que determinaría *la presencia permanente del enemigo* sea de manera externa o interna al partido. Así, todo intento por levantar la disidencia dentro de la organización, sería concebido desde sectores de las bases como una tentativa de provocar el faccionalismo, tentativa, que estaría auspiciada por los “enemigos del partido”.

Por otro lado, ante la pregunta de por qué las universidades públicas latinoamericanas parecen concentrar la actividad política de las izquierdas radicales entre las décadas de los sesenta y setenta, Varela (1991) aventura la hipótesis de que en este período de consolidación de los partidos y movimientos de izquierda radical en las universidades públicas, la presencia de las dictaduras militares en buena parte del continente generaron la conformación de “un sistema político poco dispuesto al pluralismo sindical o partidista (...) [hecho que determinó que] la acción sindical universitaria estudiantil, académica o administrativa *sea el vehículo de fuerzas partidistas o para-partidistas*” (Varela, 1991: 624, las cursivas son nuestras).

Según este autor, las universidades públicas constituirían un espacio de interés para los partidos y movimientos políticos, por el carácter de *sistema abierto* que estas instituciones de estudio mantenían, es decir, por su capacidad de sostener intercambios en el sistema político nacional. Uno de los resultados de estos intercambios sería precisamente la injerencia de los partidos políticos en los sistemas asociativos de las universidades públicas²⁸.

²⁸ Varela ilustra esta interrelación la universidad como espacio abierto y la condición “abierto” o “cerrado” del sistema político nacional en un período determinado. Así cita el caso de la Universidad de Montevideo en 1908, donde, la conjugación de la escasa complejidad del sistema político uruguayo de entonces sumado a la debilidad del poder oligárquico, sumado a la temprana emergencia de una sociedad urbana moderna ofreció el clima de apertura social y política en cuyo marco los estudiantes universitarios ya lograron para ese período, una representación indirecta en la dirección de la institución. (Varela, 1991: 613). El caso opuesto sería el de Perú, donde el bloqueo de la reforma

Siguiendo esta línea argumental, esta relación no podría excluirse de la vida universitaria, básicamente, porque las organizaciones sindicales estudiantiles, administrativas o de trabajadores de las universidades también buscan enlaces con organismos insertos en el sistema político nacional para fortalecerse y proteger sus intereses gremiales, a la vez que, al constituirse las universidades públicas en sistemas interrelacionados en el ambiente político nacional, detentan internamente una lógica de defensa de intereses e institucionalización de relaciones de poder, que atrae a los partidos (Varela, 1991: 625).

Puesto que a su vez los partidos poseen también una pretensión de universalidad, y su supervivencia depende de la capacidad de cooptación de la mayor cantidad de ámbitos sociales posibles, interesándose en consecuencia por la formación y cooptación de cuadros, anclarse en las universidades públicas constituye una ventaja, pues aquellas constituyen espacios de formación de élites; es decir, que finalmente los partidos inciden en la formación de las élites en la misma medida en que grupos de élite en formación buscan relacionarse con los partidos.

En este escenario, la hipotética exclusión de los partidos políticos no implicaría la desaparición de la política estudiantil ni de la política universitaria en general. Pues el sector universitario refleja un conjunto de categorías sociales con intereses específicos, que se expresan en organizaciones que suelen tener reconocimiento dentro del sistema institucional de las universidades. Además, según observa Varela, la presencia rutinaria de las asociaciones políticas en las universidades públicas, buscando reclutar o fogear nuevos cuadros o la simple militancia estudiantil, no necesariamente afecta la marcha normal de la institución; esto sucede más bien en coyunturas específicas en que la lucha de intereses deriva en el intento de las fuerzas políticas por colonizar o utilizar a las universidades, con los consiguientes conflictos y bloqueos. Según este autor, este

universitaria por los gobiernos oligárquicos, sumado a una sociedad y un sistema político cerrados, propiciaron la rápida politización de los estudiantes, su consecuente coincidencia con otros movimientos sociales y la fundación de un partido revolucionario (el APRA) a partir del movimiento estudiantil. Para Varela, este último constituye un ejemplo típico de derivación de un movimiento social a un partido, y de lo sectorial-estudiantil a lo político-nacional.

fenómeno puede estar condicionado por razones internas, pero también por factores políticos nacionales.

Un período altamente inestable, de fuerte movilización social y persecución política como el que enmarca nuestro campo de estudio, puede determinar que las fracciones de la izquierda radical en formación, encuentren en las universidades públicas y particularmente en los movimientos estudiantiles universitarios, una de las maneras de *preservar* y potenciar a mediano plazo su poder. Así, las células políticas que se conformaron dentro de este sector, fueron aumentando esporádicamente su visibilidad social, preparándose para futuros roles (Solari, 1968: 633), a la vez que grupos de formación que pertenecen a partidos ya en el poder también utilizarían los espacios sociales universitarios como “espacios de entrenamiento”. Para Aldo Solari, este fenómeno parece apuntar hacia la inexistencia o la debilidad de otros mecanismos institucionales de formación del personal político.

Un problema de fondo que subyace a toda esta interrelación se refiere a la *autonomía* que el movimiento estudiantil debería tener. En este punto, para Solari la autonomía del movimiento estudiantil es siempre relativa, pues retomando las experiencias de movilización de este sector, se demuestra que cuando un movimiento estudiantil adquiere considerable importancia, es decir, cuando aparece participando en actos decisivos para la vida política nacional es porque está acompañado de muchas otras fuerzas, de muchos otros movimientos “para los cuales es incluso conveniente, en ciertas ocasiones, dejar que el movimiento estudiantil aparezca en el plano más visible” (Solari, 1968: 858)²⁹.

Sin querer posicionar la idea de que el destino de los movimientos estudiantiles implica siempre una condición de manipulación por parte de otras

²⁹ Solari extrema su hipótesis hasta sugerir que todo parece indicar, que el movimiento estudiantil -y sobre todo, sus posibilidades de éxito- están profundamente condicionados por el comportamiento de otros grupos. Solari señala reiteradas veces que a menudo, el éxito de una actitud política de los estudiantes no es más que la expresión más visible del triunfo de una serie de grupos sociales; concomitantemente, cuando el apoyo falta el movimiento estudiantil es incapaz por sí solo de alcanzar sus objetivos. Sin embargo esta observación no se aplica solo al movimiento estudiantil sino que correspondería a cualquier grupo. Lo que sí deja muy claro es que en general las acciones de los movimientos estudiantiles parecen producir un *deslumbramiento* que tiende a generar la idea de que es un factor de poder por sí solo.

fuerzas políticas, retomamos la acotación de Solari, para quien unos de los puntos débiles de los movimientos estudiantiles dentro del período de la consolidación de las izquierdas radicales en las universidades públicas, fue la falta de participación real y sostenida de sus bases.

Este autor señala dentro de los movimientos estudiantiles en general, dos niveles de participación; una *participación pasiva*, como el pago de cuotas para la asociación estudiantil o acogerse a la calidad de socio o miembro del movimiento, reduciéndose a esa mera actividad. La *participación activa* por su parte implicaría la intervención en asambleas y reuniones y la participación en la dirección de los movimientos. Sobre esa base, según Solari, todos los estudios existentes demuestran que la participación activa se da en un porcentaje muy bajo de estudiantes, en contra de lo que podría aparecer a primera vista. Las variaciones parecen consistir más que nada entre la proporción de los que no participan totalmente y la de los que se limitan a pagar su cuota; así, en algunos países (no se especifica cuáles) la proporción de los estudiantes que pagan una cuota a la asociación estudiantil es muy baja mientras que en otros casi todos los estudiantes están asociados, aunque muy pocos se suscriben a otras formas de participación más activa. Sin embargo, una precisión que hace Solari es que si bien son muy pocos los estudiantes que participan activamente -y su proporción parece disminuir-, *no ocurre lo mismo con su visibilidad social*, que a su vez parece aumentar, cuanto más politizada se hace la concepción de su rol.

Una conclusión importante a la que llega Solari para el caso que nos ocupa es que al parecer la diferencia de participación dentro de los movimientos estudiantiles *se deba generalmente a la intensidad de los servicios gremiales que aquellos presten*. Esta observación nos permite constatar, siguiendo la argumentación de este autor, que en las organizaciones estudiantiles están en juego dos dimensiones fundamentales: la dimensión gremial y la dimensión política.

Como dimensión gremial se entiende todo lo que tiene que ver con la conquista de beneficios y medidas de protección para los estudiantes en cuanto tales (gratuidad, textos a bajo costo o gratuitos, comedores estudiantiles, entre

otros) mientras que como dimensión política entendemos una labor de carácter más general que implica las ideas y los movimientos que tienden a influir sobre *la conducción* de la universidad (o sus facultades) o sobre la conducción general de la sociedad. En ese sentido dentro de la dimensión política podría distinguirse la dimensión de la política universitaria y la dimensión de la política nacional; esta última incluiría, a su vez la dimensión de la política internacional.

En este punto nos permitimos disentir de la clasificación efectuada por Solari, pues constatamos que, en el caso del posicionamiento político del PCMLE dentro de la Universidad Central, fue precisamente su “lucha” por las reivindicaciones internas de la Universidad, como la Segunda Reforma Universitaria y el Libre Ingreso, lo que le permitió consolidar un circuito de fortalecimiento de intereses gremiales, el verdadero móvil de su poder político interno, mientras las demandas por asuntos más “políticos” como los concernientes a la política nacional constituyeron una especie de entelequia que reforzaba muy poco sus lazos internos.

Lamentablemente, por el momento solo podemos dejar esta afirmación como supuesto, pues en el caso de las entrevistas efectuadas, el énfasis de los entrevistados se da en describir una parte de la estructura organizativa del partido, las tendencias violentas usadas como forma “natural” de hacer política, y en especial, la importancia de la ideología en la vida del militante; cuando se mencionaba el hecho de la generación de un circuito de intereses selectivos compartidos, que finalmente consolidaron una dinámica clientelar que, en mi parecer, constituía uno de los soportes fundamentales del partido en el campo universitario, sumado a la potencia de su estructura organizativa, se recibía someras respuestas, como dando por hecho que este asunto era cierto y por todos conocido, razón que tornaba innecesario hablar del mismo. Esto me hace pensar que, puesto que es un “secreto a voces” puede constituir la razón de fondo que explique la primacía del PCMLE por sobre otras fracciones de izquierda, hacia el período estudiado.

CONCLUSIÓN

En este trabajo investigativo hemos procurado acercarnos a la comprensión de los factores que explican la primacía de una organización política de la izquierda radical por sobre otras organizaciones de ideología similar, que operaban en un espacio tan particular como es la institución universitaria, y en su marco de relacionamiento con un movimiento estudiantil universitario que denotaba sus propias características. Para ello fue necesario comenzar con una síntesis de las elaboraciones teóricas relevantes sobre los partidos políticos, en la cual tratamos de identificar aquellos aspectos que definen la compleja dinámica entre estructuras organizativas, ideología y contextos.

Para este análisis, fue central la aprehensión de la *estructura organizativa* desplegada por el PCMLE dentro de la Universidad Central, como elemento preponderante en la consecución de su hegemonía sobre otras corrientes de izquierda radical que disputaban el campo universitario. Planteamos una correlación manifiesta entre las orientaciones ideológicas del partido estudiado y las formas organizacionales que lo estructuraban. Para comprender esta correlación nos basamos en las categorías de *medios organizacionales*, entendidos como las funciones de articulación que el partido despliega para vincularse con el sistema social para reclutar bases, y *estructuras articuladoras* entendidas como las estructuras de relacionamiento entre los medios organizacionales, en esta categoría se inscribe el papel de la ideología. Ambas categorías son planteadas por Maurice Duverger.

Para una mejor aprehensión de nuestro objeto de estudio, reforzamos el planteamiento de Duverger con los estudios de Robert Michels que explican el proceso de burocratización de un partido a raíz de la *formación de élites* especializadas que comienzan a vivir del partido y por ende a privilegiar por sobre todos los aspectos la supervivencia de su partido, para preservar su *status quo*, incluso por encima de los intereses de la mayoría de sus miembros o la adhesión a la doctrina.

Transversaliza también la comprensión de nuestro objeto de estudio, los planteamientos de Angelo Panebianco, para quien el funcionamiento organizativo de un partido y sus actividades se explican fundamentalmente en términos de alianzas por el poder entre los diversos actores que integran la organización, siempre en un juego de contrapesos entre los *incentivos colectivos*, relacionados con la formación de la identidad organizativa y los *incentivos selectivos*, relacionados con el desarrollo de una burocracia interna. Panebianco traza una transición entre la génesis de un partido político, donde priman los fines organizativos e ideológicos, a otra fase sucesiva en la que la “natural” burocratización que se forma en aquel, convierte al partido en una organización en la cual el fin real *es la conservación de sí mismo*; en esta fase el partido se transforma en un sistema de intereses y desarrolla tendencias oligárquicas.

Consideramos que esta trayectoria es la que explica el camino adoptado por el PCMLE dentro de la Universidad Central, desde una fase en la cual la ideología es manifiesta y agresiva porque el partido en formación debe abrirse camino en el campo y conquistar una cuota estable, a una fase en la cual el partido se modera para subsistir. Es relevante para comprender la dinámica de acción del PCMLE en el espacio universitario, cómo en la “primera fase” de su incorporación al campo, “activa” los incentivos de identidad, de solidaridad e ideológicos, mientras que en una segunda fase la ideología se vuelve *latente*. Es entonces cuando los objetivos de partido pueden tornarse contradictorios y el partido se consolida *como sistema de intereses*, pues operan de manera preponderante los incentivos de poder, status y los incentivos materiales. Sostenemos que fue en esta fase cuando se consolidó un sistema clientelar al interior del sector administrativo-estudiantil-docente de la Universidad Central, hecho que finalmente consolidó la supervivencia del PCMLE ante un contexto político externo extremadamente hostil para los demás sectores de izquierda, que finalmente desaparecieron.

La conformación de una burocracia propia del partido, producto del desarrollo de su complejidad organizativa interna, fue un punto fundamental para el desarrollo de nuestro trabajo investigativo. Planteamos que en esta estructura, el adoctrinamiento ideológico funcionó para el mantenimiento de la unidad entre los

distintos organismos que conformaban el partido. A su vez, la estructura organizativa desplegada por el PCMLE, los sistemas de alianzas que genera en el espacio universitario y las articulaciones ideológicas que circulan en todo este entramado, constituyeron los elementos sustanciales de articulación y construcción de una fuerte *identidad política colectiva* al interior de los sectores cooptados en la Universidad Central.

En esta estructura y en esta dinámica, la función de la ideología no fue solamente la de “soldar” los medios organizacionales, sino que cumplió también una función de *ocultación*, hecho fundamental para las élites de un partido, pues racionalizó y ennobleció la gestión de las élites dentro del partido y tornó justificable cualquier acción tomada por el bien del partido, como por ejemplo, el uso indiscriminado de la violencia.

Constatamos también, que hay una relación proporcional entre este doble juego que cumple la ideología, es decir, entre el ennoblecimiento de la causa y el ocultamiento de la distribución de los incentivos selectivos, mecánica que explica el funcionamiento mismo del circuito clientelar construido al interior de la Universidad Central para el sostenimiento de la élites del partido. Esto explicaría la percepción generalizada al efectuar una revisión del discurso del PCMLE dentro de la Universidad Central, percepción que nos dice que los fines oficiales prescritos por la ideología constituyen una especie de “fachada” para el partido.

Finalmente, relacionamos todo este marco teórico con el contexto histórico que marca el surgimiento y fortalecimiento del PCMLE dentro de la Universidad Central. Para ello fue importante retomar la particularidad de la década de los sesenta, donde el triunfo de la Revolución Cubana y de otros movimientos insurreccionales, constituyó el marco internacional de una identificación masiva de la juventud con alternativas de corte insurreccional que rechazaban la participación política electoral y planteaban el camino de la revolución armada, planteándose un divorcio con el Estado y las formas institucionales de participación política, que tornaron la vía de la izquierda radical como la más idónea para permitir la transformación social anhelada por esta generación. Aquí, el mito de la revolución, alimentado por todos los sucesos mencionados,

estableció la posibilidad de reunir a jóvenes alrededor de un movimiento estudiantil relacionado de manera orgánica al partido.

En este contexto, la lucha por el libre ingreso a las universidades públicas, constituyó, no solo la base de la permanencia del poder del PCMLE en la Universidad Central como sospechamos en un principio, sino más bien constituyó el elemento detonante que le permitió posicionarse por encima de las demás organizaciones de izquierda, pues desde un inicio, el PCMLE logró capitalizar políticamente esta aspiración de los sectores medios que buscaban una mejor forma de vida a través de la profesionalización universitaria.

Si bien la hipótesis inicial manejada en este trabajo declaraba enfáticamente que era la estructura organizativa del PCMLE lo que garantizaba su primacía sobre otros sectores de izquierda radical, no podemos desconocer por un lado la importancia del componente ideológico, que, sumado a la estructura organizativa del partido y su férrea disciplina interna, consolidaron una mística de vida del militante que sea probablemente el factor primordial para la consolidación de una base militante totalmente empoderada de los postulados del Marxismo Leninismo; interiorización que activaba más fácilmente episodios de confrontación violenta directa con sectores opositores al mismo.

BIBLIOGRAFÍA:

- Agee, Philip, *Diario de la CIA: objetivo Ecuador*, Quito, Asociación Escuela Politécnica, 1977.
- Aguirre, Manuel Agustín. “Filosofía de la segunda Reforma Universitaria”, en *Economía: Revista del Instituto de Investigaciones Económicas* No. 72, Quito, 1978.
- Alcántara, Manuel. *¿Instituciones o máquinas ideológicas? Origen programa y organización de los partidos latinoamericanos*, Barcelona, ICPS, 2004.
- _____, “Las tipologías y funciones de los partidos políticos”, en Manuel Mella (ed.), *Curso de Partidos Políticos*, Madrid, Akal, 2003.
- Alexander, Robert, “The Origins and Development of International Maoism” y “Ecuadorean Maoists”, en *International Maoism in the Developing World*, Greenwood Publishing Group, La Vergne, Estados Unidos, 1999.
- Aragón, Virgilio. *Conventos aulas y trincheras: Universidad y movimiento estudiantil en Guatemala*, volumen II, Guatemala, FLACSO, 2002.
- Arellano, Estuardo. *Autocrítica de la Universidad*, Quito, Corporación de Promoción Universitaria, 1989.
- Archila-Neira, Mauricio, “El maoísmo en Colombia: la enfermedad juvenil del marxismo-leninismo” en *Revista Controversia* No. 190, Bogotá, 2008.
- Ayala Mora, Enrique. “Partidos políticos y Universidad”, en Jorge Ortega, *Universidad, Estado y Sociedad*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1994.
- Basso, Lelio, “Ponencia”, en *Una Polémica Internacional*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1967.
- Bonilla, Adrián, *En busca del pueblo perdido: el proceso de diferenciación de la izquierda marxista ecuatoriana durante la década del setenta, analizado a través del discurso político*, Quito, FLACSO, 1988.
- _____, *La izquierda ecuatoriana en los últimos 30 años*, en Ecuador Debate Quito, CAAP, 1982.
- Bravo, Gonzalo, *Movimientos sociales urbanos en Quito. “El Comité del Pueblo”*, Flacso Sede Ecuador, Tesis de Maestría, Quito, 1980.
- Brunner, José Joaquín, *Universidad y sociedad en América Latina: un esquema de*

- interpretación*, Caracas, CRESALC-UNESCO, 1985.
- Careaga, Gabriel, *Mitos y Fantasías de la clase media en México*, México, editorial Cal y Arena, 1992.
- Cot, Pierre, “Ponencia”, en *Una Polémica Internacional*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1967.
- Deutscher, Isaac, “Las tres corrientes del comunismo”, en *Una Polémica Internacional*, Buenos Aires, editorial La Rosa Blindada, 1967.
- _____, *El Maoísmo y la Revolución Cultural China*, México, Editorial Popular Era, 1975.
- Duverger, Maurice. *Los partidos políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- _____, capítulo III, “Jerarquías y poderes”; capítulo IV “Organizaciones y funciones”; capítulo VI “Los sistemas políticos”, en Maurice Duverger, *Sociología de la política*, Barcelona, editorial Ariel, 1975.
- Freidenberg, Flavia. “Posiciones ideológico-programáticas y partidos en Ecuador”, Universidad de Salamanca, s.f. (fotocopia).
- Ibarra, Hernán. “La izquierda en la década del setenta”, en *Boletín Ecuador* No. 14, Quito, enero 1980.
- _____, “Notas sobre las clases medias ecuatorianas”, en *Ecuador Debate* No. 74, Quito, CAAP, 2008.
- _____, “La Calle y Mañana: Las trayectorias divergentes de dos revistas políticas ecuatorianas”, en *European Review of Latin American and Caribbean Studies* 92, April 2012a.
- _____, “Los idearios de la izquierda comunista ecuatoriana (1928-1961)”, en Hernán Ibarra (antología) *El pensamiento de la izquierda comunista (1928-1961)*, Quito, colección Pensamiento Político Ecuatoriano, publicación del Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados, 2013.
- Icaza, Patricio. *Universidad y lucha social*, Quito, editorial Universitaria, 1983.
- Instituto de Investigaciones Económicas, *Anuario de Estadísticas 1963-1968*, Quito, Editorial Universitaria, 1971.

- _____, *Quito y sus Estadísticas*, Quito, Editorial Universitaria, 1972.
- _____, *Estadísticas Universitarias No. 11*, Quito, Editorial Universitaria, 1976.
- Lenin, Vladimir Ilich. *Obras completas*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1969.
- Levitsky, Steven, *La transformación del justicialismo: del partido sindical al partido clientelista 1933-1999*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2005.
- _____, “Movimiento estudiantil universitario, de la rebelión a la incertidumbre”, en Teodoro Coello, *Universidad, Estado y Sociedad*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1994.
- Lynch, Nicolás. *Los jóvenes rojos de San Marcos: el radicalismo universitario de los años setenta*, editorial El zorro de abajo, Perú, 1990
- Lipset, Seymour, “Introducción” en Robert Michels, *Los partidos Políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996.
- _____, y Martín Rokkan, “Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales”, en *Diez Textos Básicos de Ciencia Política*, Barcelona, Ariel. 1992.
- Román Marugán, Paloma, “Los partidos políticos y las ideologías”, en Manuel Mella (ed.), *Curso de Partidos Políticos*, Madrid, Akal, 2003.
- Reyes, Natacha, *Los 60's sin Rock*, Escuela de Ciudadanía, Quito, 2011.
- Mannheim, Karl, *Ideología y utopía: introducción a la sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica. 2004.
- Mansour Verges, Jacques, “Ponencia”, en *Una Polémica Internacional*, Buenos Aires, editorial La Rosa Blindada, 1967.
- Meschkat, Klaus, “La Tercera Internacional y América Latina”, en *Debates Históricos y Lecciones Aprendidas Alrededor del Socialismo*, s.l., s.f.
- Michels, Robert, *Los Partidos Políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, Buenos Aires, Amorrortu, 1996, vol.1.
- Moreano, Alejandro, “Universidad, crisis y reforma” en Alejandro Moreano et al. *Problemas Universitarios. Cuadernos de análisis*, No. 1, Quito, ediciones CONUEP, 1987.

- Pacheco, Lucas, *La universidad ecuatoriana: crisis académica y conflicto político*, Quito, ILDIS, 1992.
- Páez, Alexei, *Los orígenes de la izquierda ecuatoriana*, Quito, Abya – Yala, FIAAM, 2001.
- Panebianco, Angelo, *Modelos de Partido. Organización y poder en los partidos políticos*, Madrid, Alianza editorial, 1982.
- Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la Reforma Universitaria (1918-1938)*, México, Siglo XXI Editores, 1978.
- Pozas, Ricardo, “El quiebre del siglo: los años sesentas”, *Revista Mexicana de Sociología* Vol. 63, No 2, México, Abril-junio 2001.
- Pozo del, José “Los militantes de base de la izquierda chilena: Orígenes sociales, motivaciones y experiencias en la época de la Unidad Popular y en los años anteriores”, *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, No. 52, Amsterdam, June 1992.
- Quintero, Rafael, “El partido como categoría política decisiva en la teoría marxista”, en *Revista Ciencias Sociales*, 2005.
- _____, “Las izquierdas en el Ecuador”, en *Revista Ciencias Sociales*, Quito, 2005.
- Reyes, Natacha, *Los 60's sin Rock*, Quito, editorial Escuela de Ciudadanía, 2011.
- Rodas, Germán, *La Izquierda ecuatoriana, aproximación histórica*, Quito, ediciones Abya-Yala, 2000.
- Sartori, Giovanni, *Partidos y sistemas de partidos: marco para un análisis*, volumen 1, Madrid, Alianza Editorial, 1980.
- Solari, Aldo, *Estudiantes y política en América Latina*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1968.
- Stalin, José. *Los fundamentos del leninismo*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1975.
- Steger, Hans, “Los movimientos estudiantiles en Alemania como problema sociológico”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 33, No. 1, México, 1971, pp. 101-120.
- Tse-Tung, Mao, *Obras escogidas*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras. 1968.

- Varela, Gonzalo, “El problema político de la universidad”, en *Revista Mexicana de Sociología* vol.31 No.4, El Colegio De México, 1991, pp.623-638
- Vega, Silvia, “Análisis comparativo de procesos de unidad en la izquierda ecuatoriana” en Franklin Ramírez editor *La innovación partidista de las izquierdas en América Latina*, Ecuador, ILDIS, 2008.
- Vilas, José, “La organización de los partidos políticos I y II”, en Manuel Mella (ed.), *Curso de Partidos Políticos*, Madrid, Akal, 2003.
- Villalobos, Joaquín, *Una revolución en la Izquierda para una revolución democrática*, Quito, CEDEP, 1993.
- Villamizar, Darío, *Ecuador: 1960-1990. Insurgencia, democracia y dictadura*, Quito, editorial El Conejo, 1990.
- Weber, Max, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010.

Páginas Web:

<http://www.artehistoria.jcyl.es/historia/contextos/3203.htm>.

Documentos:

- Cuadernos Revolucionarios MIR*, Tomo 1, s.l., s.e., 1967.
- En Marcha*, No. 499 junio 1980 primera semana.
- Hojas volantes*. Colección Aurelio Espinosa Pólit. 1964-1978.
- PCMLE Línea General de la Revolución Ecuatoriana*, s.l., s.e., 1970.
- PCMLE en Defensa del Partido*, s.l., s.e., 1979.
- Programa PCE*, s.l., s.e., s.f.
- Programa General, Estatutos y Guía de Reclutamiento PCMLE*, s.e. 1991.
- Primer Congreso Nacional de la FEUE*, Guayaquil, Biblioteca Ecuatoriana, 1984.

Entrevistas:

Germán Narváez (14/7/2012)

Ángel Bonilla (22/7/2012)

José García (24/7/2012)

José Chávez (25/7/2012)

Oscar Bonilla (25/7/2012)

Edgar Ortega (3/8/2012) (9/05/2013)

Luis Villacís (3/8/2012)

Amparo Rosero (15/8/2012) (2/05/2013)

Hernán Ibarra (16/8/2012) (8/01/2013) (7/05/2013)

Patricio Moncayo (18/8/2012)

Galo Ramón (3/01/2013)